Nicolás Flamel. EL LIBRO DE LOS LAVAMIENTOS

Manuscrito de la *Bibliothèque National*, s.XV
(Ms 19978 et 19962 y 14789 *Livre des Régimes*)

Aquí empieza la verdadera práctica de la noble Ciencia de Alquimia. El Deseo deseado compuesto por todos los Filósofos, inalcanzable por medio del vil dinero, tomado y extraído de los libros antiguos y que en este lugar hemos compilado en modo resumido para que tú, querido amigo, puedas discernir con certeza el argumento de verdad que encierra la parte más excelente de la Filosofía. Esta compilación la hemos bautizado con el sobrenombre de práctica de Alquimia, pues como si de separar de las rosas sus espinas se tratase, la hemos separado y distinguido de los libros de los Filósofos, pues todo aquello que es contrario a la razón oscurece la verdad. De este modo, los hombres que pertenecemos a la verdad, hemos querido hablar desde ella mediante claros discursos y con recto orden, palabra por palabra, considerando todas las causas necesarias, y procediendo de este modo hemos forjado este libro a partir de todas las cosas que en los libros de los Filósofos hemos considerado necesarias para la obra que se persigue, prescindiendo de todo lo superficial y sin ocultar nada que pertenezca a la obra. Por ello ruego a Nuestro Señor Jesucristo que por su gracia os quiera conceder el espíritu de entendimiento. He aquí los motivos por los que el presente libro ha sido llamado verdadera práctica de Alquimia. En primer lugar me ocuparé de definir qué cosa sea la Alquimia.

Definición de Alquimia

La Alquimia es una parte sellada de la Filosofía natural -la más necesaria de todas cuantas componen dicha Filosofía-, que ha sido constituida como arte. Pero no se trata de un arte como los demás, pues nuestro arte enseña cómo llevar todas las piedras preciosas imperfectas a verdadera perfección, y cómo llevar la salud más perfecta a los cuerpos enfermos, y cómo transmutar todos los cuerpos de los metales en verdadero sol y en verdadera luna por medio de un cuerpo medicinal universal al que son reducidas todas las medicinas particulares, cuerpo que se realiza y cumple por operación manual a través de un régimen secreto que es revelado a los hijos de la verdad por medio del calor natural y por expreso deseo de Naturaleza.
Estimado amigo, esta ciencia es llamada flor real o flor de sabiduría, y por su medio el entendimiento humano es rectificado por la experiencia de lo que había conocido a simple vista y por rural conocimiento, y aunque esta experiencia no es susceptible de ser sometida a ningún tipo de demostración fantástica, posibilita entrar vivamente en cualquier otra ciencia mostrando al entendimiento cómo se pueden penetrar las virtudes divinas que permanecen celadas, y de este modo entender por Naturaleza lo que es de verdad, aunque sean muchos los locos que crean que todo esto no sino vanidad.
Mas nosotros hemos podido ver qué es verdad y qué no lo es, y afirmo que el hombre que la conoce la mantiene en secreto, y que por esta ciencia es expulsado el entendimiento de superfluidad contrario a toda verdad. Y así como de la tenaz alabanza brota la amistad y de las lealtades conocidas aflora toda reverencia, mantenerse constante en la verdad da como fruto una lealtad perdurable. Por eso, como familiar vuestro que soy, por haber encontrado en vos amistad y verdad, y habiendo percibido cuán amable confianza me profesáis, no me abstendré, como muestra del singular amor que tengo hacia vuestra persona, de escribir para vos el secreto revelado a los Hijos de la verdad. Y os digo que yo lo he percibido y conocido realmente por infalible experiencia. Y digo que la verdad está en aquellos que

expresan su deseo a la Naturaleza, pues sólo ella y nada ni nadie sino ella puede concederla. Por eso las mayores autoridades de entre los Griegos escribieron: "*Guarda la verdad y así alabarás a Dios y experimentarás la Naturaleza. Si no, no*". Y esta autoridad conviene mantenerla en nuestro latín si queremos poseer virtud y experiencia.
Como os he dicho más arriba, sé que sois de corazón noble y altamente elevado en verdadero entendimiento, y por ser vos hijo de la verdad os será concedido el don de gracia, que es la verdad pura fundada en la naturaleza. Que os sirva de testimonio el ejemplo que yo he podido percibir sobre la verdad que se halla en vuestra persona. Dicho esto no queda más que declararos la vía derecha que debéis seguir para obtener la verdadera y pura intención de nuestro magisterio en vuestra propia obra, a fin de alcanzar una experiencia fructuosa que no es otra sino el secreto de naturaleza, tesoro incomparable y llave y fin de todo curso de física. Este libro será dividido en dos partes principales, a saber, teórica y práctica.

De la teórica

Para adquirir este tesoro, mi querido amigo, esto es, para alcanzar la obra filosofal que se ejecuta en todo el curso de la naturaleza, vuestro real entendimiento debe ser regido por dos intenciones básicas. La primera intención consiste en adquirir un ingenio natural por medio del cual sea posible endurecer naturalmente el mercurio. La segunda intención consiste en discernir y conocer la causa y el efecto que posibilitan, según recta razón y procesión intelectual, tal endurecimiento y congelación, teniendo en cuenta la sucesiva alteración que se da en la materia de la naturaleza.
Y para que averigüéis el por qué de estas dos intenciones, os diré, como explicación de la segunda de ellas, que los verdaderos Filósofos afirman que la plata viva no puede mudar cosa alguna si previamente no ha sido mudada y transformada de una naturaleza en otra, y que sólo tras ser transmutada, puede transmutar. Asimismo, tras haber sido disuelta, puede disolver, y tras haber sido endurecida y congelada, es capaz de endurecer y congelar. Dicho esto, queda puesta de manifiesto la razón por la cual endurecemos y congelamos el mercurio, pues una vez conseguido este propósito, podremos lograr, por su medio, endurecer, congelar y espesar cualquier otra plata viva, no sólo en modo de metal, sino también en modo de medicina perfecta bajo la forma de un polvo elixírico muy pesado.
Prestad atención, mi querido amigo, pues si se desconoce la causa no es posible hacer nada, y ya os he dicho que conocer la causa es saber que el mercurio sólo se transmuta y congela si se tiene la intención de transmutar y congelar, y que si el mercurio es transmutado, estaremos en disposición de transmutar en el espacio de una hora, mientras que si el mercurio no es transmutado, seremos incapaces de operar transmutación alguna, pues toda transmutación sólo tiene lugar por razón y fuerza de Naturaleza.
Así pues, cuando la naturaleza del mercurio ha sido por una vez transmutada, es capaz de transmutar cualquier otro mercurio a su propia naturaleza, por lo que, regresando a la primera intención, se hace manifiesta la razón por la que debéis ser capaz de ingeniar con conocimiento de causa un modo natural por medio del cual podáis espesar, endurecer y congelar el mercurio.
En cuanto a mí, por medio de numerosos trabajos y no menos numerosas observaciones, he recorrido el curso completo de la filosofía real, y por la grandeza y fortaleza del amor que he mostrado hacia ella, he sido ensalzado hasta el punto de poder contemplar en ella el recto orden de la Naturaleza y de todo lo que a ella concierne. Así es, la Naturaleza me ha mostrado con toda claridad las causas por las cuales la plata viva en sí no puede ser transmutada por arte del modo en que la Naturaleza la transmuta en sus propias minas, y de este modo han cobrado sentido para mí las palabras de los Filósofos cuando afirman que el arte no puede seguir a la Naturaleza, sino que se limita a imitarla en la medida de sus

posibilidades. Las causas por las que esto es así son tan numerosas que sería demasiado largo exponerlas todas en este lugar, pero os diré a modo de conclusión que una de las principales causas de que esto sea así es el hecho de que la plata viva no contiene actualmente en sí a los cuatro elementos rectamente compuestos. Porque debéis saber que la perfección y completitud de nuestra piedra se alcanza a partir de los cuatro elementos actualmente compuestos.

Debéis saber que en el arte menor los simples aprovechan por el hecho de cumplir sencillas y prolongadas digestiones, las cuales no podrían ser cumplidas por el arte a causa de su grandísima lentitud y por carecer de la información del calor exterior, el cual, por razón de su propia simplicidad, no puede serle procurado por medio de ningún tipo de arte. Éste es el motivo por el que la Filosofía sostiene que en este punto el arte no puede imitar a la Naturaleza.

La plata viva, que es la materia en la cual la Naturaleza opera en el interior de las minas de los metales, contiene en sí los cuatro elementos en forma extremadamente simple, razón por la cual la Naturaleza nos recomienda que en el arte consideremos a estos cuatro elementos simples como un único elemento, a saber, el agua. Pero prestad atención: se trata de un agua no naturada. Nosotros, que hemos sido instruidos por las razones establecidas por la Filosofía natural, sabemos que el arte precisa fundamentalmente de los cuatro principales elementos naturalmente compuestos, a saber, tierra fija y fuego fijo, y agua y aire naturales no fijos. Y es absolutamente imprescindible que esta tierra y este fuego sean de la propia sustancia de la plata viva, pues en caso contrario, esto es, si no fuesen de su naturaleza y de su materia, jamás se uniría a ellos. Así pues, este fuego y esta tierra deben ser fijos y, además, deben ser de la sustancia del mercurio, dicho lo cual sólo es posible concluir que esta tierra y este fuego tienen que ser de la sustancia de la plata viva fija; y no penséis que en este proceso de fijación y depuración interviene para nada el arte, pues es sólo por ingenio de la obra de Naturaleza que, por espacio de miles de años y en el interior de sus minas, aparecen el oro y la plata.

Este ingenio de Naturaleza no puede ser alcanzado por arte, y por eso la piadosa Filosofía nos ha dado a entender que, a cambio, tomemos al sol como padre y a la luna como madre, pues ambos son cuerpos fijos resplandecientes y tingentes. El fuego de naturaleza ha digerido en ellos el mercurio del que hemos hablado, el cual ha sido el responsable de la congelación y endurecimiento posteriores al artificio de su sutilización.

De estos dos cuerpos, mi buen amigo, podemos extraer, con la ayuda del mercurio no fijo del que hemos hablado, tres elementos, a saber, tierra fija, fuego fijo y aire no fijo; este último lleva en sí la forma mercuriosa, y es llamado mercurio animado de color natural, obtenido desde lo más profundo de dichos cuerpos fijos. De este modo obtenemos los cuatro elementos.

Conviene no obstante que entendáis de qué modo se operan sus cambios, cosa que os explicaré por medio de un ejemplo a fin de que estéis bien avisado cuando os iniciéis en la práctica. Y tened presente que jamás Filósofo alguno comunicó este conocimiento a ninguno de sus hijos del modo en que yo os lo voy a comunicar. Yo os digo que el agua, por su naturaleza fría y húmeda, se mezcla con los vegetales, y como resultado de esta mezcla, adquiere distinta mixtura y proporción, es decir, que es precisamente a causa de las cosas que se mezclan en ella que el agua recibe en cada decocción una cualidad de la cosa mezclada. En efecto, la totalidad del proceso de este arte tan sólo se opera en razón de ciertas proporciones, composiciones y transmutaciones de una cualidad en otra, y estas composiciones acontecen como resultado de la mezcla de la naturaleza, la cual opera siempre en recto orden manipulando la mezcla según la forma específica de cada proporción y composición, consolidando de este modo el instrumento de Naturaleza.

Siguiendo un idéntico procedimiento, la plata viva se reviste de una naturaleza distinta y de diferentes cualidades de acuerdo con la naturaleza de los cuerpos con los que se cuece. Así,

si es cocida con oro, tomará la naturaleza del oro y se convertirá y congelará en oro. Por este motivo la Filosofía afirma que ninguna humedad puede convertirse tan rápidamente en oro o en plata como aquella en la cual han sido suficientemente introducidas por disolución las cualidades del oro o de la plata. Siendo así las cosas, si la plata viva es cocida en oro o plata y, a continuación, es extraída desde lo más profundo de su vientre, tomará sus cualidades, mientras que si es cocida en Venus o en Júpiter, tomará las cualidades de éstos y, en consecuencia, se convertirá y congelará en su naturaleza. Y lo mismo sucede con el resto de especies metálicas, pues las cosas sólo se hacen según su naturaleza y no hay nada que supere en fuerza a Naturaleza. Y debéis tener siempre presente que Naturaleza no se puede desviar en modo alguno de su naturaleza, razón por la cual, si queremos hacer oro o plata por Naturaleza, debemos cocer sus respectivas especies con dicho mercurio y, a continuación, mezclar y disolver. Además, a juzgar por su forma metálica, podemos afirmar que este mercurio es su agua mineral propia, por lo que será en este mercurio dónde dichos cuerpos experimentarán mutaciones y conversiones de una naturaleza en otra, de modo que después de que dicha agua haya sido extraída del cuerpo, toda su naturaleza aparecerá en forma de mercurio, según quedó demostrado por el ejemplo de las cosas vegetales cocidas en simple agua. Observad que no sólo la naturaleza de los cuerpos resulta alterada por acción de este agua de mercurio, sino que también su color resulta alterado, pues en el interior de este agua mercurial la naturaleza de aquellos cuerpos se combina y amalgama bajo aspecto y especie de mercurio, razón por la cual no pueden ser vistos hasta que se cumple su congelación.

Ya os he mostrado a modo de ejemplo, a fin de que tengáis una comprensión real de las cosas, que la simple agua de los ríos constituye la primera materia y el alimento de los vegetales, y lo mismo puede decirse de todas las cosas animadas y sensibles, razón por la cual si cualquiera de ellas es cocida en ese agua adquirirá la virtud y propiedad de su naturaleza. En cuanto a esto, sabed que el agua es, en principio, de naturaleza soberanamente fría, de modo que ante el calor de las cosas que son cocidas en ella, rápidamente mostrará y adquirirá un calor de tercer grado. Ítem, sabed que de todas las cosas que poseen sustancia de carne, la que más rápidamente se transforma es el agua en la que la carne ha sido perfectamente cocida, pues este agua, tras la decocción, ha absorbido y asimilado la naturaleza de las cosas que han sido cocidas en ella según medida y proporción naturales. Por este motivo, este agua no sólo no perjudica en absoluto, sino que, por el contrario, resulta de gran provecho y ayuda, cosa que no sucede con el agua cruda y fría cuando se encuentra en su primera simplicidad, la cual resulta de hecho muy perjudicial a causa de su frialdad cruda, que es una cualidad mórbida.

Así pues, el agua de la carne, tras su decocción, ya no es como era antes, pues toda su esencia ha sido convertida en naturaleza de carne, y debido a esta conversión, el agua de carne no es tomada como medicina, sino como alimento, pues no precisa de medio alguno para ser reducida a esencia humana.

De modo similar, la plata viva constituye la primera materia de todos los metales, pues así como el agua común de los ríos, a causa de la simple homogeneidad primordial, esencial y común que muestra con los vegetales y con los animales, recibe la virtud de todas las cosas que son cocidas en ella, del mismo modo, el mercurio recibe y obtiene la virtud y la naturaleza de los cuerpos que se unen y mezclan con él durante la decocción, asimilando para sí la esencia de los mismos. Y aunque el mercurio es en principio, tras su primera extracción, frío, se vuelve rápidamente cálido, pues es templado por los templados, aunque esto sólo se logra por un arte extremadamente sutil e ingenioso. Por eso, en la obra de Filosofía, añadimos el mercurio crudo, que no es sino espíritu mercurial crudo, esto es, una suerte de agua portadora de la insignia de la especie metálica propia de los cuerpos que van a ser digeridos, fijados, cocidos y templados en ella por ingenio de la naturaleza, a saber,

oro y plata. El modo en que estos cuerpos son disueltos en ese mercurio por medio de ciertas decocciones os será mostrado en la práctica.
Sabed que un hombre sólo puede engendrar un hombre, y que el oro sólo puede ser engendrado del oro, y que de lo único que no se puede prescindir en la generación es de los dos espermas, que son principios de naturaleza. Y no obstante, estos dos espermas no los tenemos en acto, por lo que es preciso extraerlos del sol y de la luna por disolución de sus cuerpos y su posterior sutilización, de modo similar a lo que sucede con el hombre y la mujer, pues sus espermas no pueden combinarse en coito si previamente no han sido extraídos de los riñones por delectación disolutiva hecha por el amor de la naturaleza libidinosa. Y así como al hombre y a la mujer les bastan sus espermas, así les bastan sus espermas al oro y a la plata, en particular cuando las verdaderas semillas son diseminadas y mezcladas en los aposentos de la matriz según los protocolos reclamados por el especial linaje de esta generación. En dicha matriz, que es el propio vaso de Naturaleza en el que tiene lugar la transmutación, se opera la conjunción y la solución de ambas semillas, unión, acción y pasión que se dan por la fuerza del calor de la naturaleza, que es como el calor de la mujer natural.
De este modo deberemos proceder en las artes de Filosofía si queremos que la obra prospere sin error alguno, esto es, de manera tal que el cuerpo femenino y el masculino sean proporcional y naturalmente disueltos en el agua mercurial de la que hemos hablado, agua que, por su parte, se halla disuelta en acto. Esto es lo que muestran las indagaciones y los secretos de Naturaleza.
Ésta es, mi querido amigo, la teórica que os doy, cuyo único propósito es concederos un mejor conocimiento de las cosas que se transmutan por virtud de la práctica que os será mostrada a continuación. Siempre se ha dicho que todo aquél que no sea capaz de discernir las causas reales que rigen las cosas que hace o que pretende hacer, no se distingue en nada de las bestias, por eso os emplazo a que fijéis esta teórica en vuestro entendimiento, y tened presente que jamás Filósofo alguno elaboró una teórica semejante a la que yo os he mostrado.

La práctica

Del primer lavamiento

Aquí empieza la práctica. Querido amigo, tomaréis, en nombre de Dios, dos libras de agua común, y la destilaréis a través de un cuero muy fino. Tomaréis a continuación una onza de luna muy fina, refinada por cenizas, y la introduciréis en una redoma en forma de pequeñas piezas del tamaño de vuestra uña. Introducid después en este matraz toda vuestra agua, y cocedlo todo al baño durante dos o tres días naturales. Ésta es la primera disposición de la obra.
La segunda disposición es ésta. Tomad en el nombre de Dios vuestra materia y dejadla enfriar aparte. A continuación vertedla en un plato de cristal o de arcilla plumbada y recoged con una pluma toda la tierra muerta que encontréis en la superficie, la cual os cuidaréis de guardar aparte. Tomad después un colador de tela mediana, es decir, que no sea ni demasiado tupida ni demasiado fina, y sobre otro plato de cristal lo suficientemente grande colad vuestra materia, procurando estrujar la tela a conciencia para que pase por su través toda el agua. Tomad después un mortero de piedra y depositad en su interior el cuerpo que ha quedado en el colador, y trituradlo con una mano de almirez de madera como si se tratase de una salsa. Cuando veáis que está completamente molido, pasad a través del colador todo lo que sea susceptible de pasar por él, y volved a depositar la materia en el mortero. Acto seguido, embebed vuestra materia con un poco de agua, -que previamente habréis pasado a través del cuero fino que habéis utilizado antes-, como si se

tratase de rocío; después lo majaréis con fuerza y lo iréis embebiendo de vez en cuando, como si estuvieseis haciendo salsa, hasta que muestre el aspecto de un agua. Cuando esta salsa adquiera su tercer color, introducidla en la redoma con toda su agua, sellad la boca de vuestro matraz con una buena cera escarchada y cocedlo al baño durante tres días.
La tercera disposición consiste en que repitáis paso a paso lo que habéis hecho en la segunda disposición. Recoged en primer lugar la tierra muerta y guardadla con la que habíais recogido antes. Pasad a continuación vuestra materia a través del colador mediano, triturad el cuerpo que reste en el colador -que es plata viva fija-, y embebed y coced como antes durante tres días. Sabed, mi buen amigo, que por estas decocciones, imbibiciones y trituraciones, el cuerpo, que es plata viva fija, queda hasta tal punto molido y sutilizado en el vientre del mercurio no fijo, que toda su viscosidad fija se disuelve en el mercurio no fijo y se vuelve no fija. Esta viscosidad es agua del cuerpo, y aparece bajo la forma de un color celeste, como os mostraré cuando operéis. Este agua se llama fuego y azufre, pues, tal y como os demostrará la experiencia, quema e inflama todos los cuerpos, y disuelve y congela en húmedo radical, de modo que cuando el cuerpo es privado de esta humedad, aparece bajo la forma de un polvo sutil discontinuo, que es precisamente el aspecto que presenta tras su calcinación.
Dado que estas disoluciones del agua y esta sutilización del cuerpo se hacen para beneficio de las disposiciones que más arriba os he indicado, os recomiendo que no seáis perezoso, y que volváis a empezar y continuéis con las operaciones cuantas veces sea necesario y por el tiempo que sea hasta que vuestra materia presente los signos que os diré. Tomad un trozo pequeño de cuerpo tras su colación, y colocadlo sobre una lámina de cobre o de hierro sobre fuego de carbón. Si observáis que el cuerpo se vuelve negro, significa que su naturaleza no ha sido aún suficientemente cocida. Volved a empezar de nuevo las anteriores disposiciones sobre dicho cuerpo hasta que aparezca ante vosotros en forma de una tierra blanca pálida, sin forma metálica y desprovista de toda negrura. Éste es el cuerpo radical bien lavado por el primer lavamiento.

Del segundo lavamiento

Aquí empieza el modo del segundo lavamiento, el cual se realiza para mayor disolución y sutilización de ese cuerpo radical que es el mercurio fijo y lunar. Sabed que estas sutilizaciones tan sólo se hacen con un objetivo, a saber, que el mercurio fijo sutilizado y seco sea capaz de retener y congelar el mercurio no fijo, que es absolutamente simple y sutil. Un cuerpo craso y uno simple tan sólo pueden ser unidos si el fijo es sutilizado y hecho simple, y esto se logra por medio de diversas disposiciones y preparaciones y por grado de calor, tal y como podréis ver por experiencia.
La primera disposición del segundo lavamiento, solución y sutilización es ésta. Una vez hayáis ensayado que el cuerpo se vuelve en tierra blanca, tomad todo el cuerpo e introducidlo en el interior de un vaso denominado *condamphora*, hecho a partir de dos piezas idénticas cuya forma os mostraré más adelante. Introducid en este vaso vuestro cuerpo percolado sin nada de agua. Sellad el vaso con una buena cera escarchada que, en el lenguaje secreto de esta Filosofía, es llamada *luten filosofal*. Cocedlo al baño durante dos días naturales. Esta decocción constituye una suerte de desecación por medio de la cual, y por mor de sus reiteraciones, todo el cuerpo se convierte en un polvo muy sutil. De este modo se hace la primera disposición del segundo lavamiento.
La segunda disposición exige de vos que toméis vuestro vaso con toda la materia y la dejéis enfriar. Una vez fría, abrid vuestro vaso. Con una pluma limpia recogeréis la humedad que hallaréis sublimada en la tapadera de la *condamphora* y la guardaréis aparte. Por otro lado, tomaréis el cuerpo seco que hallaréis al fondo del vaso y lo pondréis en un mortero. Este cuerpo se rompe con facilidad. Trituradlo bien hasta que observéis que se convierte en

humedad. Colocadlo entonces en la *condamphora* y coced durante dos días naturales. De este modo se hace la segunda disposición del segundo lavamiento.
La tercera disposición se hace exactamente como la segunda. Proceded pues recogiendo la humedad que encontréis sublimada en la parte superior de vuestro vaso y reservadla con la obtenida en la segunda disposición, y triturad el cuerpo hasta que su aspecto pulvuriento se convierta en humedad. Después de cada una de estas decocciones, el cuerpo va perdiendo su humedad, y se va desecando a fuego lento. Así pues, coced de nuevo y desecad hasta que el cuerpo se convierta en un polvo sutil del color de las cenizas. Ésta es la tercera disposición del segundo lavamiento.
La cuarta disposición se hace como la tercera y la segunda. Por esta disposición el cuerpo será convertido en un polvo muy seco. De este modo, mi querido amigo, se cumple la cuarta disposición.
La quinta disposición se hace por información de un calor seco. Tomad vuestro polvo e introducidlo en vuestra *condamphora*. Disponedla sobre las cenizas y aplicad un fuego lento simplemente compuesto. El modo de conseguir este fuego os lo mostraré cuando operéis en vuestra práctica, pues debéis saber que todo el trabajo se hace por virtud de los grados de fuego, dado que su medida opera según la exigencia de la naturaleza. Dejaréis vuestro vaso en este fuego durante un día natural. Ésta es la quinta disposición.
La sexta disposición consiste en que dejéis enfriar vuestro vaso sin sacarlo del horno. Cuando esté frío, tomaréis vuestro polvo y lo trituraréis en el mortero, no sin antes haber recogido toda la humedad sublimada y haberla reservado y guardado bien cerrada en una redoma de cristal, pues esta humedad posee una virtud y un poder particulares. Tomad el polvo triturado y colocadlo de nuevo en el interior de la *condamphora*, la cual dispondréis sobre las cenizas para aplicar sobre ella un fuego como el anterior, que es un fuego de primer grado. Este fuego debe mantenerse durante cinco o seis horas, transcurridas las cuales, y sin interrupción alguna, compondréis el fuego de carbón hasta que sea un fuego de grado y medio. En este fuego permanecerá vuestra materia por espacio de dieciséis horas. Ésta es la sexta disposición.
La séptima disposición es exactamente igual que la sexta, con la única salvedad de que el grado de fuego debe ser elevado hasta el segundo grado perfecto. Disponed pues vuestra materia y sometedla a este grado de calor durante un día natural. Ésta es la séptima disposición.
La octava disposición se hace como las dos anteriores, pero en este caso el calor del fuego es elevado hasta dos grados y medio por un fuego continuado. Vuestro vaso debe ser sometido al calor de este nuevo medio grado de fuego de llamas durante un día natural o bien hasta que vuestro polvo ya no pueda sublimar cosa alguna.

Del tercer lavamiento

Aquí se explica el tercer lavamiento, el cual se hace por reversión de reducción en prolongada disolución, a fin de conseguir una mayor sutilización y solución del húmedo radical en el que vuestra plata viva debe ser congelada y endurecida. Tomad en el nombre del soberano creador vuestro cuerpo calcinado, disponedlo en vuestro mortero y embebedlo con la primera agua en forma de rocío por medio del cuero fino, y proseguid con la imbibición y la trituración hasta que todo aparezca perfectamente incorporado; después continuaréis embebiendo y triturando hasta que el agua y el cuerpo se hagan uno solo. A continuación volveréis a proceder con una mayor imbibición hasta que observéis una clara templanza, y después volveréis a triturar bien. Procederéis de este modo, embebiendo y triturando, hasta que vuestra materia obtenga el aspecto de una salsa clara. Tomaréis esta salsa y, por expresión, la pasaréis a través del colador mediano, quedando depositada en un plato de cristal. Lo que no pueda pasar a través del colador, volverá a ser

triturado, incorporándolo con el mercurio por imbibición rociada, tal y como habéis hecho antes, mojando y embebiendo hasta que muestre el aspecto de una salsa clara, esto es, entre espesa y clara. Volved a colar esta salsa, y depositad lo que pase por el colador en el plato de cristal anterior, y lo que permanezca en el colador, lo volvéis a disponer en el mortero y procedéis como antes. Repetid esto hasta que todo el cuerpo pase a través del colador mediano. Si la disposición se hace bien, todo esto se hace rápidamente y sin gran esfuerzo, en aproximadamente dos horas o un poco más.

A continuación, mezclad vuestra primera agua simple con todo lo que ha pasado a través del colador mediano, hasta que el agua simple se convierta en un agua espesa, y haced pasar la mezcla a través del colador grande dos o tres veces. Colocadlo después todo en una cucúrbita de cristal muy grueso, que sea de una sola pieza con su alambique. La parte superior del alambique estará provista de un agujero lo suficientemente grande como para que pueda pasar a través de él un cuello de cristal estrecho, el cual es denominado *respiral*, porque en él son enfriados los espíritus aéreos ligeros y fugitivos, que poseen una extraordinaria templanza. Este vaso os lo mostraré en su debido lugar y a su debido tiempo.

Poned este vaso con toda la materia en el baño maría, teniendo la prudencia de disponerlo de tal manera que, por sana provisión de fuego, el agua esté muy caliente al colocar el vaso, a saber, a punto de hervir, pues es preciso que hierva lo antes posible, antes de que el cuerpo se desligue del agua metálica a la que había sido incorporado. Así pues, aumentad vuestro fuego hasta que el agua hierva, y tan pronto como empiece a hervir, mantened el fuego, pues alcanzado tal grado, ya no dejará de hervir. Vuestra materia permanecerá en esta decocción continua durante ocho días naturales. Ésta es la primera disposición del tercer lavamiento, solución y sutilización.

La segunda disposición del tercer lavamiento consiste en que toméis vuestro vaso y lo dejéis enfriar. Tomad después una pluma de gallina o de oca que tendréis reservada para este quehacer. Introducidla a través del agujero del alambique por el que está incorporado el respiral, y desplazad con su ayuda y sutilmente todo lo que esté sublimado hacia el canal o nariz del alambique. Procurad que no se pierda nada, ni que lo de arriba se mezcle con lo de abajo, pues es preciso que todo aquello que haya sido sublimado sea recogido y puesto aparte con lo que se sublime del agua simple primera durante el tiempo de las asaciones, pues este agua nos va a servir para reducir y lavar la tierra.

Cuando lo hayáis recogido todo, inclinad vuestro vaso para que toda vuestra materia caiga a través del agujero sobre un plato de cristal, teniendo la precaución de que ningún resto de materia quede adherida al vaso, lo cual lograréis frotando lo que quede en las paredes del vaso con una pluma larga, fuerte y bien limpia. Esta pluma os servirá también para recoger el sublimado que haya quedado en el refrigerante, el cual recogeréis y pondréis con el agua sublimada que habéis recogido antes y reservado, a fin de reducirlo en un vaso bien cerrado. Tomad a continuación vuestra materia y coladla por medio del filtro mediano, procurando estrujar a conciencia vuestra materia; de este modo tendréis vuestro cuerpo endurecido y hábil para operar. Para lograr una mejor sutilización, introducidlo en el mortero y triturad prescindiendo de toda imbibición, y proceded de este modo hasta que vuestro cuerpo adquiera un aspecto de humedad. Pasad vuestra materia a través del colador mediano, y todo lo que pase a través de él, lo reservaréis; en cuanto a lo que no pase, trituradlo de nuevo. Se trata de repetir punto por punto lo que os ha sido indicado en la disposición precedente del presente lavamiento, esto es, triturar y embeber hasta que todo pase por el filtro mediano, no por el grande.

Hecho esto, disponed vuestro cuerpo sabiamente en un vaso de cristal bien cerrado, incorporad en la parte superior del vaso vuestro respiral y enlutad, y cocedlo de inmediato según el modo que os he indicado más arriba. Ésta es la segunda disposición del tratado de la materia según el orden del tercer lavamiento hecho por arte, cuyo fin es obtener una

materia sutil acorde con los principios de Naturaleza. Nuestro arte ha consistido en llevar la cosa crasa a su forma sutil y simple para que en el momento de su generación sea susceptible de obedecer los actos regidos por los principios de Naturaleza, y para que sin medio alguno, las cualidades se entrecrucen y operen y sufran por mezcla y composición natural.
La tercera disposición de la materia del tercer lavamiento se lleva cabo exactamente igual que la segunda; así pues, para hacerla, no hace falta sino volver a repetir la disposición.
La cuarta disposición se realiza como la segunda y la tercera.
La quinta se ejecuta como las tres anteriores, ni más ni menos. Hacedla pues volviendo a repetir lo ya hecho, y que esta reiteración no suponga para vos ningún enojo, pues toda la virtud de esta obra consiste en tener paciencia y proceder con recta práctica. Por eso el Filósofo hace doctrina de estas virtudes diciendo: "*Si a ti te ha sido reservado tener conocimiento de innumerables cosas, deberás ocuparte en la práctica y operar siempre según el camino recto. Deberás cultivar tus virtudes y aplicarte con paciencia en tu obra, pues la mayor de las virtudes es, con mucho, la paciencia*".
El primer error en esta obra es cansarse demasiado pronto, y os digo que sólo con noble paciencia, la prolongada espera es elevada al grado de magisterio, por la cual cosa, ningún hombre carente de paciencia debe iniciarse en esta obra, pues debéis tener en cuenta que en su principio los cuerpos poseen una fuerte composición, por lo que precisan una prolongada preparación que logre operar en su contra. A saber, en primer lugar se calcinan filosóficamente, y después se disuelven según dictamen de naturaleza, y no vulgarmente. De este modo se corrompen los dos cuerpos luminosos en sublimación de húmedo radical, que es un agua permanente que fija todo aquello que no es fijo por una retrogradación elementaria que los lleva a su primera naturaleza, a saber, azufre y plata viva, por medio de esas dos operaciones contrarias que son la solución y la congelación, pero no la solución y congelación vulgares, sino las filosofales y naturales.
Entended que el único secreto que encierra esta obra es la manera de operar, y que esta obra tan sólo consiste en disponer la materia según un calor particular que guarda una escasísima diferencia gradual con respecto a Naturaleza. En la práctica que os muestro observaréis que las tinturas se inflaman por efecto de un calor excesivo y por un movimiento exagerado, de modo que si queréis evitar que estas cosas os sucedan, os guardaréis bien de no aplicar más calor que el que yo os declaro, pues en caso contrario no lograréis hacer nada. De buen grado os daría las razones por las que esto es así, pero nos llevaría demasiado tiempo; así pues, es mi consejo que os ciñáis a la práctica tal y como os la muestro sin excederla ni faltarla en nada, cumpliéndola según los días ordenados, pues sólo así evitaréis que Naturaleza exceda sus propios movimientos. Os puedo asegurar que siempre y cuando, por ayuda del arte y del entendimiento, hayáis dispuesto correctamente la materia por fuera, la Naturaleza operará maravillosamente desde dentro. Llevad a cabo con precisión las disposiciones indicadas según Naturaleza hasta que todos sus movimientos sean perfectos, pues si la materia es dispuesta ordenadamente y se cumplen los días precisos, realizará todos sus movimientos hasta alcanzar el reposo del elixir perfecto.
Y os invito a que os carguéis de tres buenas paciencias mientras vuestra materia opera sus cambios, pues ora cambiará de olor, ora de color, después variará su blandeza, más tarde su dureza, ora se transformará en uno y más tarde en otro, y de todo ello debéis ser capaz de discernir las razones filosofales. ¡Ahí es nada!
Sabed que tal y como habéis operado y practicado con la luna, debéis operar y practicar con el sol, sin ninguna variación más allá de sustituir la luna por el sol. Tanta agua como habéis empleado con la luna, deberéis emplear con el sol, y deberéis usar el mismo vaso, y el mismo mortero, y el mismo filtro para colar, y las mismas disposiciones, y los mismos lavamientos. Y los mismos fuegos que os han sido indicados para el blanco, deberán ser

aplicados para el rojo, pues ya operéis con la luna, ya con el sol o ya con ambos, la soberana piedra de los Filósofos se hace a partir de los dos cuerpos luminares, cada uno por su parte y en su propio horno, sus propios vasos y de acuerdo a la operatoria que os he indicado, como podréis observar por vos mismo en vuestra práctica.

Del cuarto lavamiento

Aquí empieza el cuarto lavamiento, que conviene que diferenciéis del cuarto régimen, que es cosa distinta como veréis. La primera disposición sobre el cuarto lavamiento es ésta. Tomad el vaso con toda la materia y dejadlo enfriar, y todo lo que se haya sublimado, lo desplazaréis con ayuda de una pluma hacia el canal de la nariz del alambique, como habéis hecho en las anteriores disposiciones, uniéndolo con el resto de sublimado, que es su semejante. Verted a continuación toda la materia que hay en el vaso en un plato de cristal y coladla a través del filtro mediano por fuerte expresión; lo que se resista a pasar por el filtro, trituradlo en el mortero de piedra y volvedlo a pasar por el filtro según ha sido indicado en la primera y en la segunda disposición del primer lavamiento, es decir, hasta que todo el cuerpo haya pasado a través del filtro mediano. Tomad acto seguido toda la materia colada y volvedla a colar por medio del cuero fino ejerciendo una suave expresión; el cuerpo que permanezca en el cuero, introducidlo en vuestra *condamphora* sin nada de agua, y haced exactamente lo mismo que hicisteis en la primera disposición del segundo lavamiento.

La segunda disposición del cuarto lavamiento se lleva a cabo, punto por punto, como la segunda disposición del segundo lavamiento. Hacedla pues exactamente así, pues no hay nada que añadir al respecto.

Asimismo, la tercera disposición se lleva a cabo como la tercera del segundo lavamiento, y la cuarta como la cuarta.

Estas disposiciones no son más que reiteraciones de decocciones, y su fin es que el polvo corporal no pueda sublimar cosa alguna por acción del grado de calor del baño; cuando tal cosa se consigue, se ha alcanzado el término de la decocción. Vuestro oficio consiste en esperar y lograr la conquista de este término, por eso os recomiendo que no os suponga ningún enojo ni aflicción la disposición de la materia, que realicéis todas las decocciones que sean precisas y que volváis a empezar cuantas veces sea necesario hasta que veáis que la materia ha alcanzado su fin. No apliquéis a vuestra materia más calor del necesario ni pretendáis alcanzar su término antes del tiempo que Naturaleza ha dispuesto y requiere para ello, pues toda información extraña será para vuestra obra muy perniciosa y de un entendimiento contrario al de la Naturaleza. Y sabed que Naturaleza no podrá alcanzar aquello que por su propio entendimiento no puede lograr si la información que recibe del exterior no es acorde con el movimiento de su entendimiento, pues, como dice el Filósofo, la obra de la Naturaleza no es más que obra del entendimiento. Por eso el entendimiento del buen maestro es equivalente al entendimiento de Naturaleza, pues ayuda a informar el calor exterior según las exigencias del entendimiento de Naturaleza operante y toda su materia. Y por eso uno de los Filósofos modernos ha afirmado que el maestro de entendimiento natural es un compañero de Naturaleza, dado que por su entendimiento verdadero conoce naturalmente que Naturaleza tiene un tiempo propio como recta medida, tiempo que es preciso conservar y respetar según las enseñanzas que Naturaleza le concede, y estas enseñanzas son tenidas en cuenta por el maestro tanto durante su embarazo y parto como durante su alimentación. De este modo, a pesar de que Naturaleza no puede exceder sus propios movimientos, puede cumplir todos los medios graduales hasta alcanzar el entendimiento de su perfección.

Y como vos sabéis y sois poseedor del conocimiento del término de Naturaleza por signo demostrable, proceded con sus disposiciones hasta que tal término sea conquistado. Después procederéis con unas disposiciones distintas por información de un calor seco.
Aquí se explica la quinta disposición, llevada a cabo por información de calor seco sobre el cuarto lavamiento. Disponed vuestra materia sobre cenizas según el modo mostrado en el capítulo que trata de la quinta disposición del segundo lavamiento. Recordad siempre que es preciso recoger todo lo que se haya sublimado por el calor del baño, y que este producto debe ser reservado con las demás aguas similares en virtud y separación, es decir, que todas las aguas que hayan sido sublimadas en forma de un polvo negro del cuerpo seco por efecto del baño, deben ser puestas aparte y reservadas en un lugar único en redomas perfectamente enlutadas. Asimismo, todo aquello que sublime por efecto de las cenizas, debéis guardarlo en otro lugar, pues se trata de aceite y alma natural, y todo lo que separéis del agua simple por el alambique durante las demás operaciones, también debe ser guardado y reservado en su propio lugar perfectamente enlutado, pues cada cosa tiene su propia fuerza y su propia virtud, y cada cosa opera según su fuerza y según compete a su naturaleza.
La sexta disposición sobre el cuarto lavamiento de vuestra materia, llevadla a cabo del mismo modo que os indiqué en el capítulo que trata de la sexta disposición del segundo lavamiento, y la séptima disposición se opera exactamente como la séptima del segundo lavamiento.
La octava disposición de este lavamiento es similar a la octava disposición del segundo lavamiento. Cumplidla pues sin omitir ni añadir nada. El término de esta última disposición no requiere de más reiteración que la de mantener el fuego hasta que todo lo que sea susceptible de sublimar, sublime. Así pues, mantened el fuego seco bien graduado tal y como os dije en la octava disposición del segundo lavamiento hasta que todo lo que pueda expulsar de su vientre quede fuera y permanezca sublimado en la parte superior.
De este modo, nuestras medicinas se calcinan disolviendo y se disuelven calcinando y, con ello, alcanzan una enorme sutileza. No hay otro modo de mundificarlas, por eso las calcinamos y sutilizamos, pues sólo así se disuelven mejor y pueden unirse con facilidad y premura con las cosas simples, esto es, con los espíritus. Si no se disolviesen, no se mundificarían ni tendrían jamás fusión e ingreso, dado que al disolverse se mundifican de todas las inmundicias e impurezas sulfúricas, que son completamente extrañas a la naturaleza de la plata viva, única cosa que posee la causa de perfección que buscamos.
Así pues, sutilizamos por calcinación a fin de lograr una mejor disolución, dado que la tierra simple o simplificada adquiere con más rapidez por disolución la naturaleza del agua que la tierra crasa. Esta conversión en naturaleza de agua nos conviene porque por su sutileza, se puede incorporar con los espíritus y adquirir la forma del aire y del fuego; no hay otro medio por el que aquella tierra pueda convertirse en aire salvo por su previa conversión en agua por vía artificial, así como Naturaleza no puede alcanzar su fin sin la virtud de su medio, que es el agua.
Cuando la tierra ha adquirido la naturaleza del agua, se vuelve mucho más sutil, más clara, más limpia, más uniforme y más volátil, y gracias a estas cualidades puede convertirse más tarde en acto espiritual de aire y de fuego.
A fin de lograr tales conversiones, que son operaciones de naturaleza, calcinamos nuestras medicinas para sutilizarlas, conseguido lo cual, procedemos a su disolución para mundificarlas, y mejorarlas, y lograr una mayor fusibilidad, de modo que los cuerpos, beneficiados por ellas, puedan adquirir impresión, fusión e ingreso en alteración. Sin embargo el fin sólo se cumple si se trata de agua mercurial, y no de agua vulgar.

Pregunta: ¿En qué consiste la diferencia entre el agua vulgar y este agua mercurial en forma, en virtud y en linaje?

No estamos preguntando a los hombres mundanos, corporales y terrestres, sino a los hombres contemplativos que por su Dichosa humanidad son capaces de penetrar hasta sus primeras causas los secretos de la Naturaleza según la mirada del divino entendimiento. Pero hoy en día escasean los hombres de tal naturaleza, y por este defecto de entendimiento la ciencia de verdad se extravía. Sabed que a pesar de que el soberano conductor, creador y redentor formó al hombre y lo marcó con el signo de la beatitud eterna como prueba de su linaje para que pudiera alcanzar la verdad, no obstante, debido a la alteración o crasitud causada por su mezcla limosa, terrestre y carnal, la dignidad de su esencia espiritual se halla presa y el pensamiento humano se encuentra oscurecido y ocupado en la comprensión de las cosas terrestres. Los amigos de este mundo se precipitan en las cosas mundanas y en la mentira, por lo que son incapaces de ver las cosas elevadas, profundas y verdaderas que encierra la Naturaleza, sin hacer caso alguno a los secretos que la naturaleza posee y sin ocuparse de las experiencias naturales.
Estimado amigo: la verdad siempre ha relucido en las cosas claras, celestes y reales, en ellas habita la verdad porque son sustancia de verdad. Pero las cosas oscuras, negras y terrestres son mentira e impugnan la verdad; su propiedad consiste en no comprender jamás la verdad, que es esencia divina y dignificada. Por eso os encomiendo a que viváis en verdad si queréis ver experiencia en Naturaleza. Si tenemos cerca de nosotros a la verdad, la verdad nos amará y nos dará su fruto, de otro modo, no.

Del quinto lavamiento
(*de una sutilización mucho mayor*)

Aquí se explica el quinto lavamiento para conseguir una depuración mucho mayor; la solución y sutilización son llevadas a cabo de un modo diferente a fin de alcanzar un mayor cumplimiento sobre el húmedo radical. En primer lugar, para la disposición primera, tomaréis en el nombre de Dios vuestro polvo seco, que es mercurio fijo, y lo pondréis en el mortero. Recoged antes que nada todo aquello que por las cenizas se sublime de este vuestro polvo y ponedlo aparte bien sellado. A continuación, abrevad sutilmente el polvo del agua primera por imbibición rociada a través del filtro fino. Embebed con gran sutileza hasta que se encuentre perfectamente incorporada. Acto seguido, proceded según el modo indicado en el capítulo de la primera disposición del tercer lavamiento. No hay nada más que hacer, y ésta es la primera disposición del quinto lavamiento.
La segunda disposición de la materia en el quinto lavamiento se hace exactamente como os fue indicado en el capítulo de la segunda disposición del tercer lavamiento. Hacedla pues así. Asimismo, la tercera disposición se hace como la tercera o la segunda ya explicadas, y la cuarta se lleva a cabo según el modo de la segunda y la tercera ya mostradas. También la quinta disposición se hace de este modo. Recordad no obstante que cada decocción de las disposiciones del quinto lavamiento requiere sólo la mitad de tiempo, es decir, que la materia tan sólo debe permanecer en su cocimiento durante cuatro o cinco días naturales en cada disposición.
Ahora os mostraré la sexta disposición, que cambia toda la información del quinto lavamiento por diferencia conocida por medio de un calor mediano y seco. Hay otro modo de llevar a cabo esta disposición, pero os la mostraré cuando estéis obrando vuestra práctica, pues los modos de las diferencias graduadas transforman la materia, cambiando la materia en otra mejor por alteración propia sin alejarse de la naturaleza. Esta disposición se hace exactamente según el modo indicado en el capítulo de la primera disposición del cuarto lavamiento, y la materia aún no experimenta por ella ningún cambio visible.
La séptima disposición se hace como la segunda del cuarto lavamiento, y no requiere aún ninguna variación en la información. El signo que os dará a conocer cuándo es preciso que cambiéis la información aplicada a la materia, viene dado porque vuestra materia pierde por

completo la especie mercuriosa y muestra el aspecto de un polvo muerto. Este signo, como si se tratase de un mensajero de la Naturaleza, os certifica que podéis cambiar la información sin perjuicio alguno de su propiedad. No obstante, mientras vuestra materia muestre cualquier resto, por escaso que sea, de forma o especie mercuriosa, proseguid con las disposiciones sobredichas de un modo ordenado hasta que observéis tan sólo un polvo muerto que lleva en su vientre un fuego ardiente.
Tomad entonces vuestro polvo muerto y disponedlo en un baño en ebullición continua durante un día entero sin quitar ni añadir cosa alguna, y aquí está la diferencia. Si queréis saber la razón por la que se hace esto, os la diré. La intención es lograr una mayor sutilización del cuerpo, y esta sutilización se produce por virtud de esta diferencia sin sobrepasar los medios de Naturaleza, dado que el cuerpo, al llegar a este punto de decocción, ha sido ya enormemente sutilizado por las disposiciones anteriores, y ha sido reducido a partes muy sutiles depuradas por Naturaleza, razón por la cual, en este tramo de la decocción, es capaz de adquirir mucho más mercurio del que podía incorporar al principio, según una cierta medida de retención en forma de masa. Este hecho queda probado por el peso que muestra el cuerpo tras la restauración de sus humedades y tras las expresiones de la cosa espesa realizadas por medio del filtro fino y la percolación de la cosa más clara. Esto es así porque muchas partes menudas fijas con muchas partes menudas volátiles, se unen y se mezclan, de tal modo que la parte volátil más radicalmente ensamblada es retenida por el fijo. Y todo esto se convierte en aceite por ser de naturaleza más cálida. Y a medida que el cuerpo se va haciendo más sutil, más y más profundamente se une con el mercurio y más retiene su radicalidad. Por eso crece en masa.
Los ignorantes de craso entendimiento están ciegos, y creyendo que el cuerpo pasa por el filtro sin reiteración alguna, y dado que siempre muestra el aspecto de un agua vulgar y corriente, se aturden al observar que el cuerpo ha aumentado en masa, pues ignoran las causas. Son incapaces de culminar sus operaciones porque no las entienden, y creen que es una cosa cuando en realidad se trata de otra, y lo echan a perder todo al ver que el cuerpo no ha devenido en aquello que esperaban, a saber, en disolución de agua vulgar. Y no se les pasa por la cabeza que se trata de otra disolución, pues no consideran la posibilidad de Naturaleza, la cual no permitiría ni soportaría que su humedad radical fuese totalmente transformada en agua vulgar fría, pues tal hecho es totalmente contrario a su calor radical y opuesto a su propiedad sustancial. En realidad se encrudece sutilizando.
Estimado amigo, se trata aquí de una fuente de calor natural que desea permanecer para siempre en especie indivisible, por eso, el arte, imitando siempre a Naturaleza, alimenta su calor, ordenándole una cierta humedad de la que se alimenta de la forma que os mostraré. De ahí que el buen maestro la corrija corrigiendo, y el malo la destruya corrompiendo, pues este último lo único que procura es su conversión en agua vulgar, sin entender de dónde procede la virtud de su reiteración y crecimiento, cuya causa única es su sutilización. Por eso los Filósofos dicen que los cuerpos son sutilizados únicamente para que sean capaces de retener los espíritus en masa y, de este modo, y por medio de esos espíritus, puedan agrupar y unir. Pues bien, sabed que esta sutilización no es posible sin disolución, y esta disolución no es hecha en agua vulgar, sino en agua mercurial extremadamente cálida, la cual se resuelve más tarde en aceite, que es húmedo radical y natural del que se nutre el calor del húmedo radical sutilizado por disolución en tercer grado, tal y como os mostraré si de Nuestro Señor está guardar a su criatura en lugar y en tiempo.
Pero volviendo a la diferencia por la que el cuerpo adquiere una mayor sutilización, debéis saber que una vez el cuerpo ha adquirido tales grados de sutilización, por cuya virtud ha sido incorporado con el mercurio, y retenido en sí y sin ningún medio enormes partes mercuriosas del agua como correspondencia a la sutileza de su grado, entonces, las partes de agua retenidas por las partes fijas sutilizadas, son cocidas en éstas últimas. Y poco a poco se secan y se mezclan, y se endurecen y se congelan en forma de polvo terrestre. Y las

partes fijas se sutilizan más aún, de modo que las unas se incorporan con las otras quedando totalmente unidas, y de modo que cuando el cuerpo se une y se acopla con los espíritus que se congelan, más se sutilizan éstos, y todo acaba por sublimarse en vapores en forma de un polvo blanco y seco que, después, congela el mercurio. De este modo se hace nuestra disolución por vía de sutilización y sublimación en agua congelada que después congela la no congelada. He aquí, estimado amigo, en qué consiste nuestra solución, y ved hasta qué punto se confunden los ignorantes de nuestro magisterio, los cuales, por defecto de entendimiento, que es gloria celeste y cosa divina y digna, andan creyendo que nuestra obra debe convertirse totalmente en agua vulgar. Pero no es así en absoluto, pues la naturaleza metálica no se lo permitiría ni aunque viviesen mil años.

Yo os declaro, mi querido amigo, en testimonio de verdad probada, que en este lugar debéis sutilizar hasta no poder más. Dividid sus partes por trituración y por asación, convirtiendo lo seco en húmedo y lo húmedo en seco, pues sólo sutilizando ha sido cumplida la operación de esta solución. Amigo querido, la conjunción de los cuerpos con los espíritus no podrá darse jamás si los cuerpos no han sido sutilizados en forma de espíritus. Y su sutilización con los espíritus se hace por disolución, trituración y asación de éstos con los espíritus. Realizad pues como hombre de firme y real voluntad las disposiciones que os he indicado cumpliendo fehacientemente sus tiempos, pues es preciso que se mezclen por sí mismos en su fuego, preservándolos del ardor del fuego hasta que estén totalmente unidos y abrazados el uno con el otro. Su cópula y conjunción se opera en un calor lento que permite que sean desecados en su fuego. Y sabed que uno actúa sobre el otro en la justa medida que naturaleza requiere. Que el uno desentraña al otro, que el uno conforta al otro y lo enseña a combatir contra el fuego. Y de este modo, cociendo a fuego lento, los elementos son aligerados y se convierten en naturalezas extrañas, razón por la cual, el cuerpo, en agua liquificada, se vuelve no liquificado, y el húmedo, por desecación, se vuelve espeso. El cuerpo es hecho espíritu y el espíritu cuerpo, tiñendo y combatiendo con fuerza contra el fuego; por eso dice el Filósofo: "*si sabes convertir los elementos, hallarás lo que buscas*". Y convertir los elementos significa hacer del húmedo, seco, y del seco, húmedo, según el modo mostrado. Y fijándolo, porque cuando el cuerpo se ha unido perfectamente con los espíritus por cópula natural, entonces es convertido en espíritu totalmente volátil, el cual debe ser fijado a continuación del modo que os mostraré cuando hablemos de la fijación.

Volviendo a la práctica: haced una llave. Esta llave significa recepción de un licor fétido en forma de plata viva particularmente tratada a partir de la materia terrestre residual surgida de la tierra natural y radical durante los lavamientos y sutilizaciones. La haréis del modo que os indicaré. Tomaréis en el nombre de Dios aquella tierra muerta que recogisteis con una pluma y que reservasteis en la segunda y consiguientes disposiciones del primer lavamiento. La colocaréis en una calabaza de cristal cuya boca sea tan grande o más que la base, y dispondréis en la parte superior el alambique bien enlutado y bien dispuesto con respecto a su respiral; colocaréis este aparato en un horno sobre cenizas y le aplicaréis el fuego de primer grado durante un día natural.

Sabed que del vientre de esta bestia terrestre maldita y venenosa, surgirá el antedicho licor en forma de mercurio fétido por sublimación.

Este licor quedará sublimado en la parte superior, contra el alambique, y debéis recogerlo con un pie de liebre, pues con una pluma no podríais colectarlo por ser excesivamente grasiento y untuoso, razón por la cual se resiste a pasar por el alambique. Recogedlo y guardadlo aparte, pues por su medio entenderéis la putrefacción de la tierra en la reducción y la congelación. Tomad después la tierra negra y oscura que ha permanecido en el fondo del alambique, pues esta tierra lleva en su vientre otra sustancia, que es de mercurio fijo y posee una naturaleza idéntica al húmedo radical, la cual será separada por otra disposición.

Mi querido amigo, debéis comprender realmente que la fuerza y la propiedad de Naturaleza es tal que todo aquello que es o puede ser de su naturaleza, tiende a ella por el amor universal que el Dios Glorioso ha dispuesto en sus partes por similitud de linaje, y que por igual motivo rechaza todo aquello que es contrario a ella por no ser digno de su naturaleza y, por tanto, de la naturaleza del no-fijo. Por eso es nuestro deber extraer la naturaleza fija, debemos sacarla, y lavarla, y separarla de todas sus inmundicias por razón de la virtud amorosa que existe entre la naturaleza fija y la volátil en el seno de ciertas y diversas disposiciones que la naturaleza nos ha mostrado, actuando en consecuencia y de acuerdo a sus fuerzas y con ayuda del ingenio, disposiciones de las que nos ha sido dado el conocimiento reglado e instrumental según la posibilidad de Naturaleza.
Yo os voy a mostrar estas disposiciones, confiando en que no promulgaréis un secreto que debe ser celosamente guardado, pues si este secreto fuese desvelado, el mundo se corrompería y yo sería el responsable de la condena de todos los hombres. En cuanto a mí, me excuso ante Dios, pues es mi intención seguirlas manteniendo en secreto, ya que todo lo que os digo es solamente para ayudaros y para hacer el bien sin que el resto del mundo sepa nada de ello. Bajo esta comprensión, ruego a la soberana verdad que os conceda experiencia de verdad, por medio de la cual podáis también vos ayudar y servir al prójimo.
Volviendo a la práctica: poned la tierra que os he dicho que es contraria a la naturaleza en un mortero y, a fin de extraer la naturaleza mercuriosa que guarda en su vientre, rociadla con la primera agua que pasasteis por el filtro fino, y trituradlo todo junto. Entonces podréis ver cómo el agua extrae las partes radicales que son de su naturaleza incorporándose en ellas. Las otras partes serán rechazadas por no poseer la proporción de su naturaleza ni su claridad. Añadid más agua, siempre por imbibición rociada, y triturad hasta que todo lo extraído aparezca ante vos perfectamente claro. Separad después el agua por medio del filtro fino, de modo que la única humedad radical que quede sea la que se encuentra en el vientre de las heces. Volved a repetir lo mismo tantas veces como sea necesario, hasta que en el vientre de las heces no quede ni el más pequeño rastro de humedad radical. Tirad entonces las heces, pues al no poseer nada en absoluto de la noble naturaleza del metal y por ser totalmente contrarias a ella, no valen absolutamente nada.
Así como por experiencia se puede conocer la naturaleza de la que es hecha nuestra medicina, también vos podéis informar por doble experiencia. La primera experiencia consiste en observar que dichas heces no se pueden unir a la plata viva, y que la plata viva misma no las quiere admitir en su presencia, quedando probado de este modo que tales heces no participan en absoluto de su naturaleza. Por la segunda experiencia podréis aseguraros de que esto es efectivamente así: Si por descenso las volvéis a llevar a la forma corporal, veréis que adquieren la naturaleza del cristal, la cual es ajena a la naturaleza del metal, única naturaleza por la cual hacemos nosotros nuestro magisterio, depurándola de toda inmundicia sin añadir a la misma nada que sea extraño a ella, ni polvo, ni agua, ni ninguna otra cosa del mundo. Sabiendo esto, mi querido amigo, podéis deducir que nuestro magisterio no requiere de una pluralidad de cosas. Seguid únicamente una naturaleza, una piedra, una medicina a la que nada extraño se añade ni se quita. Lo único que se aparta de ella son sus superfluidades, extrayendo todo aquello que es de la naturaleza pura de la plata viva de acuerdo a lo que ya os he dicho acerca de las causas de su naturaleza. Operad y aprended de la noble Naturaleza, pues sólo ella es causa de perfección, pues como veréis en vuestra obra, la Naturaleza no es susceptible de ser corregida salvo en los márgenes de su propia naturaleza. Tened esto siempre presente. Sutilizadla en profundidad y purgadla de todas sus inmundicias tal y como os he mostrado y enseñado, y que vuestro trabajo no os resulte nunca enojoso si queréis alcanzar a ver una elevada y maravillosa experiencia en la vía de Naturaleza, experiencia que es reputada por los rústicos de mera ilusión.

Importante:

Aquí debéis prestar mucha atención, como antes. Todas las aguas del sol, como se hizo con las de la luna, tanto para el baño como para las cenizas, deben ser puestas aparte perfectamente selladas, pues las aguas blancas son para blanquear y las rojas para enrojecer. También las tierras deben ser sutilizadas aparte, y el licor fétido del que hemos hablado antes debe ser extraído de la tierra residual del sol aparte, como se hizo con el de la luna. Y el húmedo radical de las heces de sol debe ser extraído tras la destilación del licor fétido, como se hizo para la luna, pues a pesar de que la práctica es idéntica para el rojo y para el blanco, deben ser realizadas aparte hasta que llegue el momento de la conjunción de las tierras, tal y como veréis en vuestra práctica cuando llegue el momento de la universal reducción.

Debéis saber que esta conjunción tan sólo debe tener lugar si vuestra obra ha sido hecha sobre la gran piedra de las dos platas vivas fijas en un mismo grado, pero si la obra ha sido hecha de uno de los dos cuerpos, ya sea de sol o de luna, las conjunciones de tierra no son necesarias. No obstante, la medicina es mucho más noble y mucho mejor, tanto para la proyección sobre plata viva, como para transmutar todos los metales en verdadera perfección de oro y plata, como para conferir una perfecta salud al cuerpo humano, si es hecha de los dos cuerpos luminares.

Vuestra tarea consiste en componer los principios de Naturaleza en la gran obra, según el modo y medida que a continuación os declaro. En primer lugar, para hacer los principios de Naturaleza, tomad en el nombre de Dios tres onzas de la tierra de oro sutilizada y una onza de tierra de luna. Lo mezclaréis todo sobre el pórfido y lo embeberéis con setenta y dos onzas del agua que habéis reservado en las anteriores disposiciones y con cuatro onzas de licor fétido. Procurad que este agua y este licor sean del compuesto rojo, triturando y embebiendo en forma de rocío hasta que ambos estén perfectamente incorporados y el agua totalmente en forma de vapor. Disponed después la materia en la *condamphora* y colocadla en el baño como se dirá después en la práctica, y llevad a cabo todas las disposiciones siguientes. Y lo mismo que hagáis para el rojo, hacedlo después para el blanco, a saber, tomad tres onzas de la tierra sutilizada de luna y una onza de sol. Mezcladlas y embebedlas a modo de rocío y triturad con el agua blanca y con el licor fétido blanco, según el peso, medida y manera en que procedisteis para el rojo.

No obstante, si carecéis de las cantidades de tierra de las que acabo de hablar, proceded según el peso que ahora os diré, esto es, si tan sólo disponéis de una onza de compuesto al rojo y de una onza del compuesto al blanco, necesitaréis dieciocho onzas de agua, y por cada onza de cada compuesto, una onza de licor fétido, rojo para el rojo y blanco para el blanco. Triturad y rociad como antes, y si mientras trituráis sobre el pórfido observáis que la materia desprende algunas gotas de vuestra agua, no intentéis incorporarla de nuevo a la materia, dejad, por el contrario, que se deslice fuera del mármol hasta caer en una caja que habréis dispuesto debajo del pórfido. Proceded de este modo hasta que el agua se haya incorporado totalmente con la tierra. A continuación, introducidlo todo en vuestro vaso, añadiendo además lo que había goteado en el interior de la caja. Si vuestra materia no cabe en un sólo vaso, la disponéis en varios. No debéis triturar el licor fétido sobre el mármol, sino que debéis colocarlo junto con toda la materia en el vaso o vasos. Lo coceréis al baño, y os cuidaréis de recoger continuamente todo aquello que ascienda hasta la parte superior. No apartéis vuestra materia hasta que se haya endurecido, sirviéndoos de un bastoncito limpio y puntiagudo para coger y apartar todo lo que ascienda hacia la parte superior del vaso.

Cuando vuestra materia presente el aspecto de una masa dura, recoged todo lo que haya ascendido y colocadlo junto con lo que habíais colectado. Tomad entonces vuestra materia y disponedla sobre el mármol, donde la trocearéis y triturarés ligeramente. Volvedla a colocar en el vaso y volvedla a disponer en el baño, y proceded de este modo hasta que por el baño no se sublime cosa alguna. Aplicadle entonces el fuego seco de cenizas, y lo que se

sublime, lo colocáis en una redoma aparte. Trituradla y volvedle a aplicar el mismo fuego, recoged lo que se sublime y colocadlo con el anterior. Proceded de este modo hasta que cosa alguna se sublime por acción del fuego de cenizas.
Calcinad después vuestra materia por efecto de un calor más elevado y, una vez calcinada, poned lo húmedo con lo seco y volvedla a someter al baño. Recoged de nuevo lo que ascienda hasta que por efecto del baño ya nada pueda sublimarse, teniendo la precaución de ir recogiendo todo lo que ascienda y colocarlo aparte, como antes. Sometedla después al fuego seco y recoged todo lo que se sublime por el fuego seco y colocadlo aparte en otro vaso. Realizad estas operaciones tantas veces como sea necesario hasta que las materias se muestren totalmente blancas. Reforzad entonces el fuego hasta que dichas materias ya no puedan sublimar nada, embebed cada una de las materias con su agua y volvedlas a disponer en el baño. De este modo, tras diversas imbibiciones, decocciones y calcinaciones reiteradas, veréis que la última calcinación se prolongará casi durante quince días, y durante este tiempo os cuidaréis de ir recogiendo todo lo que se sublime.
Cuando se haya cumplido esta prolongada calcinación, embeberéis cada una de vuestras materias con su agua correspondiente y las colocaréis en el baño. Entonces veréis que aquello que antes reclamaba quince días, se cumple en menos de un día, pues vuestra materia congelará con tanta fuerza vuestra agua, que la materia se endurecerá en forma de masa en menos de un día.
Volved a añadir más agua y volved a colocar vuestra materia en el baño, y proceded así hasta que el agua esté totalmente congelada y ya nada se sublime. Disponedlo después sobre las cenizas hasta que tales cenizas no produzcan ningún sublimado, y colocadlo después en el interior de un vaso de tierra cuya boca sea más ancha que el fondo, teniendo la precaución de que sea de una tierra muy resistente, que sea muy alta y que sea de tierra vidriada; procurad asimismo que disponga de una tapadera de cristal que se acople con la boca del vaso como si se tratase de un alambique. Emplazad vuestro vaso en el horno sobre una parrilla de hierro.
Aplicad un fuego de llama lo suficientemente fuerte como para que la materia se funda, y aumentad el fuego hasta que la materia se sublime en forma de una harina blanca. Apartad entonces vuestro vaso del fuego, coged esta harina y embebedla con su aceite, a saber, blanco para el blanco. Añadid la misma cantidad de fermento blanco como cantidad de harina tengáis y disponedla en el baño. Poned aparte lo que se sublime. Sabed que este agua es más animada, más exuberada y más próxima a la naturaleza del metal que la primera, y ha sido denominada en propiedad con el nombre de *azoth*. Cuando ya nada pueda sublimar por acción del baño, sometedla a las cenizas y calcinad. Lo que se sublime, será guardado aparte perfectamente sellado, pues se trata de un aceite precioso que sirve para ingerir y conferir fusión a la medicina. Con las tierras que permanezcan en el fondo, haréis vuestra conjunción y vuestra gran reducción, embebiendo según medida tal y como se dirá más tarde cuando tratemos del séptimo lavamiento. Para la obra al rojo, procederéis exactamente del mismo modo, a saber, embebiendo con su aceite y con el peso correspondiente de fermento rojo, pero teniendo en cuenta que la harina del oro, que forma un sublimado de color blanco, debe ser previamente rubificada antes de añadir el fermento. Para rubificarla procederéis así: colocadla en una escudilla de cristal, añadidle su agua roja y mezclad hasta que todo esté perfectamente incorporado. Disponedla a continuación sobre el mármol y agregadle su propia agua hasta que observéis que su aspecto no es ni demasiado blando ni demasiado duro. Introducidla entonces en su vaso y sometedla a las cenizas. Lo que sublime, lo recogéis y lo añadiréis a las heces con la otra agua. Reiterad en esto hasta que la harina muestre un aspecto completamente rojo en el fondo del vaso. Entonces estará ya preparada para unirla con su fermento y embeberla para extraer los elementos al rojo como fueron extraídos para el blanco. Después llevaréis a

cabo la conjunción de las dos tierras y la gran reducción según lo descrito en el tercer régimen y en el capítulo dedicado al séptimo lavamiento.
Volvamos a la práctica. Para hacer la octava disposición del quinto lavamiento, tomad todo cuanto hayáis extraído del vientre de las malas heces contrarias a naturaleza, y mezcladlo con el polvo natural que os he indicado antes, de modo que todo lo que tendréis en vuestra disposición es húmedo radical y natural, y triturad sin añadir ninguna otra humedad hasta que todo quede perfectamente incorporado y mezclado. Tomad después la humedad hedionda licorosa que habíais extraído de las malas heces residuales por sublimación, e incorporadla con el polvo radical triturando y rociando hasta que se halle completamente incorporada o integrada. Colocad la materia de este modo embebida en la *condamphora* debidamente enlutada, y cocedla en el baño durante dos días naturales. Ésta es la octava disposición.
De todos modos, si queréis que vuestra obra sea más breve, podéis llevar a cabo, en sustitución a la que acabo de mostraros, la disposición descrita en el anterior capítulo o párrafo, en donde se trata de la cuarta disposición del segundo lavamiento, y hacerla aquí en lugar de esa larguísima decocción que os he descrito. Una vez cumplida la cuarta disposición del cuarto lavamiento, continuaréis con el tercer o el cuarto lavamiento, y de este modo el tiempo empleado en el cumplimiento de vuestra obra será proporcional al tiempo requerido por cada una de estas disposiciones. No obstante, debéis tener presente que cuanto menos perfecta sea vuestra obra en relación con su preparación, tanto menor será su proyección, aunque, sea como sea, y en función de cuál haya sido su preparación, siempre operará algún efecto, ora mayor, ora menor. Por eso os aconsejo que pongáis todo vuestro empeño en la preparación de vuestra piedra, pues sin una buena preparación es imposible una buena operación.
Sí, mi estimado amigo, la preparación es el tesoro de la cosa y el espejo del cumplimiento de la obra, pues si hacéis vuestra piedra por perfectas preparaciones, lograréis por ella el cumplimiento perfecto, y en la medida en que seáis negligente en su preparación, ella será negligente en su poder de proyección. Por eso Naturaleza dice: "*ayúdame y te ayudaré*". Prestad mucha atención a esto que aquí os digo.
Pero regresemos a la práctica y hablemos de la novena disposición del quinto lavamiento. Tomad vuestra materia, recoged el sublimado con una pluma y reservadlo. A continuación triturad vuestra materia en el mortero. Si observáis que su aspecto es el de un polvo seco, sometedla al baño durante quince días, pero si no está totalmente seca, esto es, si de algún modo observáis en ella la humedad de la plata viva, la cocéis sólo durante dos días, hasta que se seque y presente el aspecto de un polvo muerto, como una ceniza viva visible en la sombra. Cuando esto suceda, la cocéis durante un día natural. Ésta es la novena disposición.
La décima disposición del quinto lavamiento consiste en tomar, transcurridos los quince días, vuestra materia, recogiendo y reservando el sublimado con el anterior. Triturad a continuación vuestro polvo hasta desecarlo por completo, teniendo la precaución de dejar de triturar en cuanto, a causa de su extrema sutileza, se escape en forma de humo, y dejadlo ya en el vaso. Una vez hayáis recogido su sublimado, enlutad vuestra *condamphora* y la ponéis a cocer en el baño hirviente durante tres días naturales. Repetid esta disposición tantas veces como sea necesario, hasta que vuestro polvo no produzca ningún sublimado por efecto del calor del baño.

Del sexto lavamiento

Aquí empieza el sexto lavamiento en diferencia, y primero la primera disposición. Tomad vuestro polvo, recoged todo lo que se sublime de él y reservadlo con las otras sublimaciones de su naturaleza. A continuación rociad vuestro polvo por medio del filtro

fino con la primera agua sublimada. Triturad hasta que el agua se incorpore por completo con el polvo, procurando que desaparezca toda el agua y que la imbibición sea total y justa, pues no conviene que por efecto de una excesiva imbibición e inhumación la tierra sea vivificada, habida cuenta que el objeto de esta imbibición es simplemente lograr que la tierra se desprenda y se descargue de toda humedad sin adustión. Disponed después vuestra materia en el baño sin someterla por esta vez al grado perfecto de fuego y mantenedla así durante un día natural. Ésta es la primera disposición del sexto lavamiento.
La segunda disposición es idéntica a la primera del sexto lavamiento, con la salvedad de que en este caso el fuego debe ser aumentado poco a poco hasta el grado perfecto de fuego, sometiendo la materia a cada grado durante un día natural. Repetid esta operación triturando, embebiendo y calcinando, aumentando un poco el fuego en cada reiteración hasta que ya no se produzca sublimado alguno y la materia permanezca seca y desprovista de toda humedad. Cuando la tierra sea fija y presente un color pálido por haber sido privada de su perfecta negrura, volved a iniciar esta disposición y reiterad en ella hasta que el polvo no pueda ser evaporado en forma de humo al ser dispuesto sobre una lámina de hierro, de cobre o de plata incandescentes. Éste es el término del presente lavamiento, y de este modo separamos los aceites por lavamientos de agua y desecaciones de fuego, y así el agua, a modo de espíritu, extrae el alma de los cuerpos.
Cuando el alma es extraída de los cuerpos, permanece unida al espíritu, pues éste es su lugar y su receptáculo. Entended bien esto, pues el alma no es más que tintura disuelta en el espíritu, como sucede con la tintura de los tintoreros, la cual es disuelta en agua en la que después introducen las telas que quieren teñir. Entonces, por desecación, el agua desaparece y, por razón de su oleaginosidad, permanece la tintura fija en sus telas. Lo mismo sucede con el agua del espíritu en la que es transportada la tintura del aire, la cual puede ser devuelta al cuerpo cuando éste ofrece el aspecto de una tierra blanca foliada, entonces, por efecto del calor, el agua espiritual se deseca de inmediato y permanece el alma fijada al cuerpo, alma que no es más que la tintura del agua.
Así pues, por este medio se extrae el alma de los cuerpos, y no retorna a ellos hasta que el cuerpo ha sido glorificado y perfectamente lavado en su primera agua simple, y el signo de que el alma puede regresar al cuerpo, es el hecho de que éste aparezca en forma de tierra blanca foliada. Y Hermes ordena que sembréis el agua que habíais extraído en esa tierra preparada y foliada, pues sólo ella será capaz de retenerla, congelarla y espesarla en elixir perfecto.
Aquí empieza el tercer régimen de la piedra, que es llamado reducción
El tercer régimen de la piedra consiste en reducir el agua vaporizada sobre la tierra seca para que ésta recupere la humedad perdida.
Ya os indiqué antes que la piedra perfecta se hace a partir de los dos cuerpos perfectos y de dos elementos secos, duros y pétreos, a saber, el fuego y la tierra, que coinciden en sequedad. Estos dos elementos deben ser preparados conjuntamente en una única preparación. Unid pues la grosura del fuego con la tierra tras la extracción del aire y, a fin de reducir el tiempo empleado en vuestra obra, preparadlos conjuntamente, pues de este modo conseguiréis que su mezcla sea buena, que la preparación no sea confusa, que el uno pueda teñir al otro y que no ardan en su batalla con el fuego. Estos son los motivos por los que resulta más seguro y eficaz prepararlos conjuntamente. Esta preparación tiene como objeto que adquieran una mayor humedad de la que han perdido durante la calcinación, a saber, la que habían perdido más su quinta parte. Esto es posible porque el cuerpo calcinado se divide al perder por completo su agua, razón por la cual está totalmente seco y vacío y manifiesta una sed enorme. El cuerpo calcinado, bebe entonces con avidez su agua volatilizada, con lo cual tiene lugar la conjunción de las dos tierras por mediación del séptimo lavamiento, que es universal reducción sobre la nutrición de la tierra.

Querido amigo, antes de empezar el séptimo lavamiento, debéis estimar que este lavamiento es universal sobre la nutrición de la tierra y reducción de su agua universal, y que este hecho pone en vuestra manos un secreto de naturaleza que debéis guardar con gran cautela, a saber: Antes de separar vuestros elementos, debéis averiguar su peso total. Supongamos, por ejemplo, que el agua y la tierra pesan un total de doce onzas, y que tras la separación y calcinación, disponéis de una onza de tierra blanca. Así pues, durante la calcinación, que ha desprovisto a vuestra materia de toda su humedad, ha perdido once onzas. Lo mismo debéis hacer al rojo, disponiendo ambas tierras aparte. Después, y antes de empezar el séptimo lavamiento, uniréis ambas tierras, a saber, la grosura del fuego con la tierra de la luna, y las embeberéis con el agua blanca poco a poco, tal y como os diré en el séptimo lavamiento, hasta que beban todo lo que habían perdido durante la calcinación más una quinta parte de la misma. En este lugar se esconde un gran secreto concerniente a la exuberación y crecimiento de la virtud del agua.
Tras la conjunción de las tierras, y una vez hayáis iniciado vuestra reducción, a saber, una vez transcurridas seis semanas o dos meses, debéis tomar un poco de vuestra materia, alrededor de un peso o menos, colocarla en el pórfido y embeberla con vuestra agua blanca. Sabed que de este modo vuestra agua se espesará y engrosará maravillosamente, y que su viscosidad será tal que la podréis cortar a piezas con el cuchillo. Y observaréis que cuanta más agua añadáis, más se espesará. Sabed además, que esta pequeña porción de vuestra materia crecerá también en virtud nutritiva, de modo que sólo con que dispongáis de dos libras de agua, embebiendo y triturando, lograréis que este agua adquiera una enorme virtud de la que antes carecía para nutrir vuestra tierra.
Con este agua de este modo multiplicada en virtud, alimentaréis vuestra tierra según os indicaré por práctica a lo largo de las disposiciones del séptimo lavamiento, guardando siempre las proporciones según el orden de Naturaleza.

Del séptimo lavamiento
(que es universal y versa sobre la nutrición de la tierra)

Aquí empieza el séptimo lavamiento, que tiene lugar por reducción en reversión de diferencia universal, y que es menester que comprendáis distintamente según la naturaleza de cada sustancia, a saber, de la tierra, del agua y del aire por separado, considerando las acciones y las pasiones que cada una de estas sustancias puede experimentar según su naturaleza y, al mismo tiempo, considerando la sustancia universal contenida en las tres naturalezas sobredichas. De este modo, deberéis conceder a cada una de estas tres sustancias una recta información, que vendrá determinada por tres medidas distintas de calor según la propiedad de la naturaleza de cada una de ellas. Os conviene, pues, mi querido amigo, entender a Naturaleza con entendimiento elevado, considerando lo general y lo particular por conocimiento de las diferencias sustanciales, pues la diferencia sustancial es la razón y causa del efecto de cada sustancia y de los accidentes que hay en ellas. Sabed que toda carga posee un cierto peso, y que toda medida reclama un cierto método de medición, y que cada obra requiere un cuidado particular. Por eso es imprescindible que entendáis las obras de naturaleza si queréis conocer las causas y si queréis obrar con rectitud, disponiendo la materia y concediéndole la información requerida por la intención de Naturaleza. Cuánto mejor entendáis a Naturaleza, mejor conoceréis la forma de sus obras, y cuánto más adecuadamente entendáis la forma de sus obras, mejor podréis considerar sus medidas.
Considerad pues la operación del presente lavamiento en la materia de naturaleza distinguiendo todas y cada una de las diferencias y de qué modo transcurren, pues en este lugar arrancaréis la muerte de la tierra y le devolveréis la vida.

Su muerte es su grosura, y esta grosura será apartada por disolución de una diferencia. Y expulsaréis el vapor del agua por disolución de otra diferencia, y apartaréis la negrura del aire por frecuente disolución.
En los siguientes capítulos os mostraré cómo poner estas cosas en práctica. Prestad mucha atención a todo cuanto os diré, pues en este lavamiento se operan conjuntamente la solución y la congelación según medida de Naturaleza.
En el nombre del Soberano Creador, Dios Glorioso, tomaréis vuestra tierra calcinada y la rociaréis con la primera agua sublimada, teniendo en cuenta que si estáis obrando sobre la gran piedra, deberéis hacer en este lugar la conjunción de las dos tierras, embebiéndolas del modo indicado en el presente lavamiento, a saber, lo mismo la una que la otra. Triturad a continuación vuestra tierra así embebida hasta que desaparezca toda el agua. Esta imbición se opera de manera minuciosa a base de pequeñas imbibiciones, teniendo en cuenta la virtud de la tierra y lo que ésta ha perdido en su solución. Así, por ejemplo, si vieseis que en función de sus pérdidas, la tierra es incapaz de beber más agua bajo riesgo de perder su forma terrestre, la imbibición será escueta. Sed muy cauto en este lugar, pues el apetito de la tierra es mayor que la capacidad digestiva y conversiva de su calor.
Sabed que toda conversión se opera en lugar cerrado, a saber, en el interior del vientre de la tierra, así como la conversión de la carne se opera en el estómago y en otros lugares cerrados, pues el calor digestivo está siempre en un lugar cerrado no visible. En este lugar se opera pues la mutación. Y no obstante sigue habiendo una diferencia de cualidad a causa de la virtud atractiva, pues mientras que la boca atrae la cosa impura e indigesta, la virtud radical atrae la cosa pura y digestiva; por eso la virtud radical se compara con el corazón, que atrae su alimento al centro de su recinto, lugar en el que ese alimento es convertido perfectamente en sangre, que después será enviada a todos los miembros nutrimentales a fin de conservar y templar su humedad radical y vital.
Así pues, rociad minuciosamente y poco a poco vuestra tierra, que es cuerpo radical. Triturad después prolongadamente, pues si el agua no se incorpora perfectamente en lo más profundo de la tierra, todo nuestro trabajo no habrá servido para nada, y tened en cuenta que el agua debe desaparecer por completo tras la trituración. Sed muy cautos en este punto, pues si el calor que guarda la virtud de vuestra tierra es sofocado por una excesiva imbibición, no podrá digerir ni convertir. Tened presente, por otra parte, que las cosas pequeñas y divisas se convierten mucho más fácilmente que las cosas grandes e indivisas. Cuando digo divisa quiero decir que haya sido dividida en pequeñas partes muy menudas y de manera minuciosa por medio de imbibiciones rociadas, pues ahora es el momento en que la tierra debe usar de sus poderes con toda belleza a medida que se le va confiriendo poco a poco la virtud, y entended que se trata aquí de que la tierra convierta al agua en tierra por congelación, y no de que el agua convierta a la tierra en agua por liquificación, que es como se procedió en los demás lavamientos. Esto sólo es posible por modo intermedio convirtiendo al uno en el otro, a saber, la tierra y el agua, pues por aproximarse a la naturaleza de una conversión intermedia, la tierra sólo puede mudar al agua de su naturaleza por virtud del agua que será transmutada. Sea como sea, la conversión del agua siempre tiene lugar en el vientre de la tierra, y la conversión de la tierra se opera en el vientre del agua gracias a la distinción o diferencia que se ha generado por haber extraído el aceite, hecho que la distingue del agua vulgar.
En efecto, este agua es el hermano germánico del agua mercurial, y aquí se oculta la secreta preparación de la tierra, cuya intención es lograr que, por medio de diversas imbibiciones, incorpore en ella una mayor cantidad de humedad de la que había perdido durante su calcinación. Y esta tierra, al estar seca y vacía de toda humedad, experimenta una sed enorme, por lo que bebe de buen grado y con avidez al serle concedida a modo de restauración la cosa perdida; por eso debéis ser muy cautos y procurar que beba en su justa medida. Éste es el espejo de los sabios en el que se refleja la intención de la física, que debe

ser tomado como modelo de la naturaleza que nos sustenta. Bendito sea el Dios Glorioso, que nos ha permitido saber, penetrar y conocer la ciencia de las ciencias. Ésta es la primera disposición.
Cuando hayáis embebido lo suficiente y de modo adecuado vuestra tierra, empezaréis con la segunda disposición. Para ello dispondréis vuestra tierra en la *condamphora* a llama cálida durante siete u ocho días, de acuerdo al modo que os mostraré en su debido lugar y a su debido tiempo. Esta información de calor exterior tiene como objeto ayudar al calor natural, de modo que, por efecto de ciertos movimientos, éste sea capaz de digerir la sustancia media del agua -que es de la naturaleza del aire-, incorporada en la tierra en forma de húmedo radical congelado y espesado, resolviendo el sutil vapor acuoso adustivo y quemativo que fue depositado en su vientre por la tierra desterrada. De este modo sabréis que esta sustancia media mercurial se incorpora a la tierra antes de poder huir, de modo que una cosa se hace siempre con la otra, esto es, ambas son inseparables, pues o bien la sustancia media, en tanto que mercuriosa y volátil, planea hacia la tierra fija, o bien la tierra fija permanece en su totalidad con la cosa volátil, y, tal y como os mostraré en su momento, una cosa o la otra tiene lugar según si la virtud de una sobrepasa la virtud de la otra, o viceversa.
Sabed, mi querido amigo, que por la digestión de esta sustancia media mercuriosa, la tierra se desprende de ciertas superfluidades, especialmente de dos, a saber, una terrestre y otra flemática, exactamente igual que sucede con el hombre, el cual excreta mierda u orina como resultado de las digestiones que realiza de las sustancias que ingiere. En efecto, cuando la sustancia media se espesa y es retenida en el vientre de la tierra, entonces el calor natural, excitado por la información del calor exterior, resuelve y separa de esa sustancia un vapor acuoso adustivo, muy sutil y venenoso, que se encontraba mezclado con ella. Y esto sucede porque ese vapor no era de la naturaleza de la sustancia media. Sabed que son muy pocos los que tienen conocimiento de esta separación, dado que tiene lugar en los recintos secretos de Naturaleza, no obstante, mi estimado amigo, vos la podéis comprender a la perfección a la luz del ejemplo anterior.
Sabed que Naturaleza siempre atrae y retiene las cosas que son de su naturaleza, mientras que rechaza todas las que son extrañas a ella, pues Naturaleza se muestra más propincua con las cosas que le son más propincuas. Y dado que aquel vapor acuoso no es propincuo a la naturaleza de la sustancia media, es separado de ella, pues aunque hasta ese momento lo había retenido como la cosa más propincua ella, resulta ser, no obstante, reductible. De este modo, naturaleza se alía con naturaleza y lo extraño se separa. Por eso, al incorporar el agua en la tierra por medio de una decocción ligera hebdomadal, el vapor es expulsado.
Sabed que en la separación de este vapor acuoso, extremadamente volátil y fugitivo, la sustancia del agua se convertirá y se espesará en sustancia de cuerpo aéreo, el cual posee la naturaleza del metal. Decimos que es aéreo pues, en comparación con el resto de sustancias, a saber, el agua y la tierra, y en relación a las operaciones que realiza, presenta la complexión del aire.
Sabed que la verdadera y única causa de perfección reside en esta sustancia por razón de su poderosísima complexión, tal y como veréis cuando tratemos de sus particularidades. No obstante es preciso rectificarla y depurarla de la negrura que lleva completamente arraigada en sí a partir de una rectificación o purificación que su naturaleza sea capaz de sufrir.
Querido amigo, esta negrura es debida a aquel vapor acuoso corruptivo que se resolvía por efecto del calor natural, y puede ser separada de la sustancia del agua por efecto de la buena información del calor exterior, pues por su medio es excitada la virtud motora e informativa insita en la materia del calor y del espíritu. Esta negrura, dejada tras de sí a modo de heces por aquel vapor, ocupa por completo la sustancia aérea espesa que será transmutada en húmedo radical, y se hace por ello manifiesto en toda la materia. Se trata de las heces negras de la sustancia untuosa corruptiva que participa en la fijeza, la cual se

separa más tarde de la materia pura en la que se halla incorporada. Ahora bien, debido a su extrema untuosidad, se encuentra adherida en lo más profundo de la materia pura, y a causa de la naturaleza fijativa de su sustancia no puede evaporarse cómo lo hacía el sobredicho vapor, de sustancia sutil y volátil. ¿Mediante qué ingenio podemos llegar a separar esa sustancia de la naturaleza pura? Os lo diré siguiendo la inteligible doctrina sometida a elevado entendimiento que me fue enseñada por mis padres.

En primer lugar, debéis saber que esa naturaleza pura y noble ha sido dotada por el Dios Glorioso de una propiedad que ninguna otra sustancia posee, y esta propiedad debe su gran fuerza al signo que la rige, que le confiere el poder de estar por encima de todas las cosas minerales y de sobrepasar, incluso, el poder del fuego, de modo que una vez ha sido espesada por el fuego, su estado no puede ser superado en modo alguno, pues una vez fijada, se aligera y se mantiene en su estado de reposo no obstante estar sometida prolongadamente al efecto del fuego.

Y este poder es el mismo bajo el efecto de cualquier fuego al que sea sometida en función de su grado de fijación o tolerancia, y dado que el signo que la rige es el propio de la naturaleza metálica, se convierte en metal. Por eso os digo que esta sustancia contiene en ella todo lo que necesitamos en nuestro magisterio, tal y como demostraremos cuando tratemos de la determinación de la plata viva. Sabed que todas las demás cosas, por ser combustibles, son exterminadas por el fuego, falleciendo al ser inflamadas.

Dicho esto, volvamos a nuestro propósito, que era lograr la separación de la sustancia negra, untuosa y corruptiva. En relación a esto, los Filósofos dicen lo siguiente:

Esta sustancia contiene en sí dos causas de corrupción, a saber, se trata de una sustancia inflamable por razón de su untuosidad y, por otra parte, presenta la feculencia terrestre por razón de su sustancia fija exterminable.

Por la primera corrupción, que debe a su untuosidad, no puede soportar durante mucho tiempo el efecto del fuego, pues por tratarse de un aceite combustible e impermanente, no sólo arde y se consume en tanto que aceite, sino que su propia sustancia se corrompe y propende a que arda todo el cuerpo, ennegreciendo la totalidad de la obra. Por eso es menester procurar que la propiedad de la sustancia pura no se inflame, lo cual se logra mediante el agua, que la protege de la combustión por imbibición.

Por la segunda corrupción, que debe a su sustancia terrestre, no tiene poder de fusión ni de ingreso, dado que si ha sido fijada, evitará e impedirá una recta fusión y, por otra parte, no puede ser fijada si primero no ha sido calcinada. Ahora bien, una vez calcinada, por artificio del mundo, no puede ser fundida, pues la sustancia de tierra muerta no puede asimilar de ningún modo la especie metálica. Por eso decimos que esta sustancia corruptible pertenece al grupo de los azufres corruptivos y corruptibles contrarios a la naturaleza de la plata viva y contrarios a la perfección.

Así pues, dado que esta sustancia vil es en sí y por sí corruptible, no se puede proceder a su separación por efecto del fuego, pues se consumiría ella y todo lo que con ella tuviese comunión. No obstante, es preciso exterminarla por completo y separarla de la naturaleza pura de la plata viva, que sí resiste el efecto del fuego, y esto tan sólo puede hacerse mediante un grado de fuego que ayude a la Naturaleza pura. Ahora bien, esta Naturaleza pura rechaza todo tipo de adustión, por lo que la separación de la primera sustancia untuosa deberá llevarse a cabo durante el proceso de reducción, teniendo en cuenta y observando de qué modo soporta la naturaleza pura ciertas acciones del calor por reiteración, hasta que, por sudoración, el calor expulse la grasa que cubre el rostro del dragón en forma de negrura.

Por efecto de estas informaciones reiteradas, el sutil húmedo untuoso corruptible, al desfallecer por efecto del fuego, se separa de la sustancia fija terrestre corruptible en forma de un vapor untuoso y pestilente extremadamente sutil, dejando tras de sí su sustancia fija completamente exterminada, en forma de una terrenidad fija que jamás ha sido considerada

y que siempre ha sido rechazada por la naturaleza pura de la plata viva, pues aunque, ciertamente, había permanecido adherida con la naturaleza pura de la plata viva, no obstante, tal adherencia tan sólo era debida a la untuosidad que llevaba incorporada y que, ahora, ha perdido.
Debéis saber que la untuosidad es un signo de la naturaleza, y que es el medio conjuntivo que posibilita la formación de ciertos monstruos, pues por su presencia, naturalezas de diverso linaje experimentan conjunciones naturales. El que no sepa esto, no puede ser tenido por verdadero Filósofo, pues desconoce el amor universal que posibilita las rarezas de toda la naturaleza.
La sustancia terrestre fija, al perder su untusiodad, no experimenta amor alguno ni ligazón con la naturaleza pura de la plata viva, razón por la cual puede ser totalmente separada de la naturaleza pura por un accidente doble, a saber, primero pierde su untuosidad y, una vez la naturaleza pura ha sido espesada y congelada, la tal naturaleza pura se separa del terrestre fijo por sublimación.
Lo dicho hasta aquí pone de manifiesto que esa sustancia terrestre no puede ser separada por lavación simple, pues si echamos un vistazo a nuestro proceso observaremos que en todo momento su untuosidad ha permanecido en el agua, confiriendo una forma peculiar a su disolución y determinando los límites de la misma; observaremos asimismo que en todo momento hemos necesitado una humedad radical y fija sutilizada para espesar la naturaleza pura de la plata viva, la cual facilita más aún la separación de su terrenidad corruptible. Observaremos también que la separación de su untuosidad ha tenido lugar por accidente, pues, por una parte es rechazada por la plata viva y, por otra, ella misma posee una naturaleza volátil inestable.
A la luz de todas estas cosas, juzgad vos mismo si el hombre rústico de espeso entendimiento puede llevar a cabo este magisterio sin previa adquisición o conocimiento de causa o de doctrina demostrativa. Sabed que sin el conocimiento de la diferencia de dichas sustancias, ningún hombre puede alcanzar la perfección de nuestra disolución, pues así como hay grados en las diferencias sustanciales, asimismo hay grados diferentes de calor que se corresponden con aquéllas.
Regresando a la práctica, y a fin de lograr separar la sustancia untuosa que produce la negrura en la sustancia aérea cuya naturaleza acaba de ser descrita, procederé a mostraros la tercera disposición. Sabed que su preparación se lleva a cabo mediante la información de un fuego mucho mayor, que es el exigido por la esencia pura de la naturaleza después de la antedicha decocción hebdómada. Este fuego se va aumentando a medida que crece el calor de naturaleza y según la conversión de la cada vez mayor alimentación que reclama. En efecto, recordad que al principio, y según el orden de naturaleza, tan sólo se alimentaba de una pequeña cantidad de agua, y que cada vez reclamaba una mayor cantidad, como de hecho sucede con la educación de los niños. En consecuencia, y en función de la cantidad de sustancia convertida que le ha sido dada gradualmente por parte del agua tras la decocción hebdomadal, iremos variando la información exterior según lo que ya ha sido dicho.
Tres son los colores principales: negro, blanco y rojo. Mientras veáis la tierra negra, podéis tener por seguro que está imperfecta y no compilada. Fortaleced pues gradualmente la información exterior aumentando el grado de fuego poco a poco durante la calcinación, hasta que la tierra aparezca totalmente blanca por la fuerza del fuego. Sabed que así como el calor agente engendra negrura en el húmedo untuoso por la propiedad de su sustancia, así el calor agente engendra blancura en la materia seca por la propiedad de la suya. Ésta es la tercera disposición mediante la que expulsamos la negrura del aire.
La cuarta disposición es universal según reza la doctrina. Consiste en que volváis a empezar cuantas veces sea necesario las tres anteriores disposiciones, cuidando de ir aumentando cada vez el calor de la tercera información, teniendo en cuenta lo que ya os he dicho, hasta

que la tierra sea totalmente blanca. Mientras no sea blanca, no dejaréis de embeber, y trituraréis con empeño durante la imbibición. Después la volveréis a calcinar, y éste es todo el trabajo, pues el agua y el fuego son los únicos que pueden lavar la tierra, expulsando de ella la oscuridad negra que la encubre. Por eso su preparación debe ser realizada siempre en el agua, preservándola de toda adustión. Y sabed que según sea la pureza del agua, así será la pureza de la tierra, y en la medida que sea preparada, lavada y depurada, tanto más blanca será.

No olvidéis triturar la tierra, así como de irla embebiendo durante prolongadas trituraciones hasta que esté totalmente seca, y que no sea para vos enojoso repetir esto cuantas veces sea necesario, pues la tierra no puede dar su fruto sin frecuentes irrigaciones. Y sabed que si la trituración no es buena, es decir, si no se continúa con ella hasta que el agua sea hecha un solo cuerpo con la tierra, no será de ningún provecho. Así pues, no dejéis de triturar y desecar hasta que el agua esté seca y la tierra blanca, dado que, al fin y al cabo, lo que vuelve la tierra blanca es la desecación realizada a base de una persistente trituración y asación. Por eso os recomiendo que tan sólo embebáis vuestra tierra tras su desecación, poco a poco y por prolongada trituración. Para hacer esto de modo conveniente y para que la obra no se corrompa, es preciso que operéis a partir de un peso determinado, pues sólo así podréis preveniros de una excesiva sequedad causada por una excesiva asación o por una imbibición defectuosa, o bien preveniros de todo lo contrario, a saber, de un exceso de humedad causado por una asación escasa o por una excesiva imbibición.

Éstas son las razones por las que es recomendable que vuestra materia sea cocida de modo y manera que se vaya desecando según lo marcado por vuestra imbibición o, dicho de otro modo, en la medida que la humedad vaya provocando sequedad. Una vez aparecida la sequedad, disolvedla mediante imbibición justo en la medida en que la asación la haya desecado. Debéis tener siempre presente su grado de sequedad, de modo que después de cada calcinación de la tierra verteréis el agua justa para templar, ni más ni menos, pues si hay demasiada, el calor será sofocado y desaparecerá, mientras que si hay poca, la materia arderá, de manera que su propiedad, que debe participar en anchura, longitud y profundidad, resultará dañada.

Por eso es preciso que operéis siempre según sus propios términos, y no apresuradamente, a saber, embebiendo la tierra cada ocho días durante prolongadas trituraciones para, a continuación, cocerla en el baño y, después, calcinar hasta que se vuelva blanca. De este modo, siguiendo estas reglas, nuestro niño recibe su alimento, y sólo si es alimentado según las reglas, podrá después obrar de modo regular sin sobrepasar en modo alguno los términos de la nutrición que le ha sido dada por arte, tal y como hace el discípulo con la virtud que ha recibido de su maestro mediante disciplina.

Basándose en estas cosas, los Filósofos prueban que todo hombre de razón debe ser gobernado y regulado por Naturaleza, pues es la naturaleza perfectiva la que concede al hombre el entendimiento mediante el cual debe gobernar y regular todas las potencias del alma, un entendimiento soberano en dignidad que le llevará a adquirir la perfección absoluta. Es más, ese entendimiento debe regir necesariamente sus actos, pues si no es así no podrá rectificar e informar a las demás fuerzas del alma a fin de poder alcanzar la verdad y la perfección en todas las cosas, pues sólo la firme voluntad del hombre constante, tomando como ejemplo la perfección y la sabiduría de Naturaleza, podrá gobernar e informar su entendimiento y actuar según entendimiento.

Sólo de este modo estaréis en condiciones de comprender las razones por las que adoctrinamos la naturaleza del mercurio mediante determinadas formas de nutrición ateniéndonos en cuanto nos es posible a las reglas de medida y proporción. Sabed que en el mundo entero no hay nada que sea tan adherente ni tan afín a las naturalezas de los metales como lo es la plata viva por su naturaleza: por eso la mezclamos con esas naturalezas y la fijamos después a fuego lento. Esta mezcla se lleva siempre a cabo por la preparación y

sutilización de las antedichas sustancias, a saber, el fijo y el volátil, de modo que el volátil sea perfectamente retenido por el fijo. Esta retención y fijación se opera enamorando a la naturaleza de dicho mercurio, esto es, sumergiéndolo en el calor del fuego con constancia prolongada, y alimentando y aumentando su calor natural hasta que sea capaz de soportar cualquier fuego. Y todo esto se realiza conforme a determinadas reglas para que sea capaz de informar y obrar de acuerdo con la información reglada que el arte, gobernado por el entendimiento del buen maestro, le ha concedido a la luz de su naturaleza, previamente conocida.

Nuestra intención es congelar la plata viva en poco tiempo, pero a causa de su naturaleza cruda, lodosa y flemática, es muy sutil y se evapora con mucha facilidad por efecto del fuego sin inflamación. Por eso es preciso que dispongamos de alguna medicina que, de manera súbita y antes de que se evapore, pueda mezclarse con la plata viva adhiriéndose a lo más profundo de su naturaleza, conjuntándose y amasándose con ella en partes menudas y sutiles susceptibles de ser espesadas y de retener de su sustancia únicamente lo que sea de su naturaleza pura en función de su propiedad mayor o menor, y de manera que sea capaz de digerir y mundificar la plata viva en poco tiempo. De este modo, por razón de su fijeza, puede soportar el efecto de cualquier fuego a la que le sometamos, grado que dependerá de la resistencia que oponga a que su humedad flemática, que no es propia de su perfección, se consuma y desaparezca y, lo que es más importante, de este modo podrá ser convertida casi instantáneamente en sol y en luna.

Por beneficio de esta obra, está a vuestro alcance comprender tanto la forma de la proyección como la intención de todo el magisterio. Esta obra demuestra que sólo las cosas que son de la naturaleza de la plata viva pueden convenir con ella, y todos los Filósofos sabios coinciden en afirmar que la medicina sólo se cumple en esta naturaleza. Sabed que esta naturaleza adquiere forma de medicina por nuestros ingenios, los cuales os ofrezco en la siguiente recapitulación:

Tomad el mercurio fijo blanco y rojo, y preparadlo y sutilizadlo con la naturaleza del volátil por sus ingenios, hasta que la sutil sustancia de ambos, blanca para la luna y roja para el sol, sea perfeccionada con la mezcla y sea teñida con la cosa más propincua del mundo a su naturaleza sustancial. Después de esto, la medicina es acabada en magisterio.

Todos estos ingenios son previamente conocidos y alcanzados por medio del entendimiento reglado.

Sabed que el volátil, por su propiedad, se va uniendo a la plata viva mientras ésta está ligeramente fundida, y entonces la espesa y la convierte en verdadero sol y luna por preparación filosofal de éstos. Sabed también que esta preparación consiste casi en su totalidad en una mixtión, esto es, es similar al proceso de mixtión, aunque sólo hay un modo de preparar esta mezcla para dar nacimiento a la segunda virtud de nuestra medicina. Ítem, por este tipo de mezcla, la materia mezclada se dispone a recibir la forma específica de verdadero elixir, de la que nace la tercera virtud de nuestra medicina por ciertas diferencias generadas en la materia de naturaleza, y aquí radica el cumplimiento de la cosa. De todos modos, mediante reiteraciones, las mezclas pueden alcanzar virtudes mayores según sean los principios materiales previamente sutilizados por medios semejantes. Así pues, la forma de la mezcla por la que debéis operar, depende de la asamblea o conjunción de las cosas que deben ser mezcladas, y se hace por vía de reducción.

Observad las reglas que impone la doctrina de perfección intelectiva de Naturaleza, pues por ellas quedan establecidos un peso y una medida cuantitativa idénticos de cada uno de los compuestos que intervienen en una mezcla. No obstante, ninguno de los compuestos mezclados exige un número determinado de las partes del componente, dado que los elementos pueden participar en mayor o menor parte en una mezcla, y formar parte de otra con una participación mayor, de modo que si en la primera mezcla habían cien partes de componente, en la segunda podrían haber cincuenta partes. Respecto a este hecho, yo

mismo he podido observar que el modo de conjunción o compresión de los componentes de un compuesto varía de uno a otro, y que la variación en la proporción de las cosas mezclables es necesaria para que la unión sea diversa por la diferencia de causa y, en consecuencia, también sea posible una diversidad en la forma. Estas cosas propias de nuestro magisterio, tan sólo las puede observar un buen maestro cuyo ingenio haya sido debidamente alimentado por las experiencias naturales.

Por razón de estas causas, podréis comprender dos razones a partir de las cuales obtener la forma de la mezcla perfecta. La primera es la sutilización elementaria y preparatoria tanto del fijo como del volátil, realizadas conjuntamente hasta reducirlos a las partes elementales de su naturaleza perfectamente depurados. Esta sutilización y preparación se cumple gracias a las diferencias que existen entre las tres divisiones de nuestro magisterio, tal y como os demostraré por completo por vía de práctica cuando sea el momento; por ahora sabed que la primera división no permite esa preparación y sutilización, pues el arte no es ayudado en modo alguno por Naturaleza; por el contrario, la segunda división da lugar a una nobilísima preparación a causa de su naturaleza, que ha sido convenientemente preparada por la primera división. En cuanto a la tercera división, por ella se alcanza la completa perfección.

La segunda razón para obtener la forma de la mezcla perfecta, consiste en el modo de unir las cosas que deben ser mezcladas. Este modo, tal y como os he demostrado en el séptimo lavamiento, consiste en lo siguiente, a saber, en la reducción, composición y conjunción de las partes menudas, las cuales han sido previamente disueltas y sutilizadas por medio de breves imbibiciones e incorporaciones del húmedo con el seco y del seco con el húmedo, llevadas a cabo a base de prolongadas trituraciones, decocciones hebdomadales y calcinaciones naturales por repetidas reiteraciones de las imbibiciones, contriciones, decocciones y calcinaciones, todo ello para que la sustancia flemática del mercurio se separe y la humedad generada pueda ser retenida por digestión, de modo que, cociendo por el calor de nuestro sol, la plata viva sea espesada y, una vez espesada por esa información, sea capaz de espesar otro mercurio por virtud de su primera regla, pues nuestra intención no es que una vez espesada, transmute en forma de medicina y espese toda la sustancia de la plata viva, sino únicamente las partes radicales más propincuas, las cuales deben ser convertidas en naturaleza de oro o de plata según la forma de su mezcla. En esto consiste toda la obra de los Filósofos en este magisterio.

Retened esto: así como la naturaleza simple y térrea de la plata viva ha sido domada por arte por medio del fuego en aras de su perfección, y alterada y educada por reglas especiales hasta alcanzar el estado de naturaleza que le es propio por medio de ciertas formas de mezcla y división, así, la materia ya educada, por hábito y costumbre y bajo la acción del fuego, obrará operando cambios sobre otra plata viva cruda, reteniendo y espesando todo aquello que en ella encuentre que sea semejante a su naturaleza, y rechazando todo lo que en ella encuentre de terrestre y flemático.

De este modo queda puesto de manifiesto que la perfección de naturaleza que, por arte, es llevada de potencia a acto, depende de su propiedad, la cual ha sido tomada por parte de la naturaleza mercurial de la mezcla realizada por cocción, tal y como he dicho más arriba, de modo que la operación que ejecute, dependerá siempre del modo de su mezcla.

Dado que la forma es consecuencia del modo de la mezcla y su acción depende de ella, no consideréis de qué modo podéis operar para constituir esa forma ni cómo llevarla a cabo, ni por qué medios se puede alcanzar tal forma sin antes entenderla por completo. Sabed que si por medio de alguna de las reducciones naturales la podéis mezclar de manera tal que la mayor parte de la humedad pueda, en razón de su sutileza, mantenerse y fijarse durante la decocción y el espesamiento, también será mayor la parte de humedad de la plata viva que sea capaz de extraer, espesar y congelar. De este modo es engendrado por artificio un fuego, que es calor natural, llamado *lugarteniente* y *vicario del sol*, capaz de hacer en un

momento lo que el calor del sol hace en mil años. Sabed además que su humedad se conserva tanto mejor en su mezcla cuanto más sutilizada y preparada haya sido, tal y como podréis observar en la segunda división, y esto a causa de las diferencias que presenta con relación a la primera división, diferencias que son mucho mayores aún en la tercera división al ser comparada ésta con la primera y la segunda.

Accidente universal para rectificar el entendimiento sobre la nutrición de la piedra; y que ésta tan sólo consiste en un movimiento fluctuante de calor natural

Debéis saber por real entendimiento que a medida que las partes del húmedo radical se van secando por efecto del calor exterior, toda la humedad creada se resuelve y acontece la muerte del cuerpo, que es, de un modo más o menos manifiesto, lo que sucede en los procesos de calcinación. Esto ocurre debido a la ausencia de humedad vivificativa de la que el calor natural se alimenta.

No obstante, por medio de repetidas imbibiciones y por acción de un cocimiento continuado, el cuerpo es dividido en pequeñas partes, y en la mezcla así obtenida se resuelve el vapor acuoso que deseca y espesa la humedad radical, de modo que el calor natural aumenta y crece, y el fuego se multiplica. Así pues, la nutrición no es sino un movimiento fluctuante del calor natural, por eso dicen los Antiguos que el cuerpo animado es número numerante y se moviente. En efecto, sabed que el compuesto está constituido por numerosas partes continuas y divisas que constantemente se alimentan y fluyen sin cesar. A causa de este constante flujo, hay también una pérdida constante, por lo que es imprescindible una alimentación que permita que el flujo venga acompañado de una restauración hasta que la obra alcance su término. Por eso toda nutrición consiste en una excreción y retención de partes diversas. La retención en el proceso de alimentación se debe a la asimilación de naturalezas entre el cuerpo alimentado y el alimento recibido. En cuanto a la excreción, se debe a las disimilitudes entre naturalezas y contrarias a la unidad. Por eso, debido a este proceso de excreción, toda nutrición conlleva la presencia de heces. No obstante, todas y cada una de las partes del cuerpo alimentado, son debidamente nutridas.

Con lo dicho hasta aquí, os ha sido declarado cómo tienen lugar la sublimación del mercurio y la separación de su sustancia terrestre y de su superfluidad acuosa, que son las partes desemblantes y contrarias a la sustancia media mercuriosa, la cual tan sólo se alimenta, crece y multiplica a partir de las partes que son semejantes a su naturaleza, al tiempo que rechaza toda cosa extraña.

Y si queréis saber en qué consiste la nutrición, os diré que está constituida de sal de naturaleza y agua vulgar. En efecto, el agua, que es mercurio vulgar, a causa de su esterilidad, se mezcla con la sal de naturaleza y la disuelve, a fin de servir de alimento rotativo y sutil, del que dicen los Filósofos que sin su beneficio no se puede obtener la plata viva, y dicen esto por que ese alimento vuelve los cuerpos sutiles y rotativos y los transforma en sal de naturaleza de metal según la forma metálica, y esto nos basta, pues esta sal, al ser de naturaleza de metal y al haber sido sutilizada por disolución en el vientre del mercurio, contribuye de forma decisiva a que la nutrición tenga lugar, y esto por razón de la similitud entre naturalezas y por lo estíptico de su salinidad, que, por universal decocción, ha sido resuelta de su humedad superficial y ha adquirido y ganado una acuosidad sulfúrica, y que, por efecto e impresión del calor, ha corregido y rectificado la acuosidad procedente del alimento digestible, sin lesión ni separación de la humedad innata. De este modo, el arte ha mezclado la humedad nutritiva con el cuerpo mediante imbibición rociada y prolongada trituración.

Después, Naturaleza, que ha sido mudada e informada por el calor exterior, muda e informa toda su materia y llena la totalidad del cuerpo de vapores nutritivos, y las superfluidades de los vapores internos y de los vapores superficiales son expulsadas al exterior por la resolución que lleva a cabo el calor innato del húmedo radical, coagulado

por efecto del calor externo que le corresponde, a saber, primero se retrae y se expande por completo ocupando toda la parte interna, impregnando todas las cosas internas que encuentra a su paso para lavarlas y limpiarlas. Entonces quiere salir al exterior, y da muestras de su superfluidad por excreción de una corteza negra, por medio de la cual es expulsada la acuosidad simple de la plata viva. Sabed que esta corteza es la superfluidad de nuestro vinagre coagulado, que de este modo resulta exterminada como si se tratase de la oleaginosidad del cuerpo untuoso. De este modo es separado el vehículo del otro alimento en el interior de la materia en la que tiene lugar la digestión del húmedo radical.

Cómo deben ser observados los dos términos para determinar la medida en la obra de Naturaleza

Ya os he dicho antes que una excesiva imbibición o una excesiva desecación pueden corromper la obra. Ahora bien, dado que una imbibición pequeña no puede causar daño alguno, se recomienda que la desecación complementaria se corresponda con la pequeñez de esa imbibición; por el contrario, dado que una pequeña desecación no puede causar ningún daño, se recomienda asimismo que el agua administrada por la imbibición complementaria se corresponda con la pequeñez o porción de la asación. Por eso os he dicho antes que desequéis vuestra materia mediante cocción en la medida que requiera la disolución, y que después, según reclame la asación, disolváis su sequedad mediante imbibiciones.

Demasiado y poco son términos muy contrarios de multitud y parquedad. Ahora bien, el demasiado está completamente al margen de la latitud mensurable, en cambio, el poco, que es contrario al término demasiado, se encuentra siempre en las fronteras de la medida de Naturaleza, razón por la cual constituye un término digno de consideración, ya se trate de embeber o de desecar, dado que una pequeña imbibición reclama siempre una pequeña desecación, mientras que una pequeña desecación reclama una pequeña imbibición. Por el contrario, una pequeña imbibición o una gran imbibición no se corresponden en absoluto con una gran desecación, pues se trata de términos remotos, extraños y contrarios al virtuoso medio, por lo que no hay medida posible que considerar en ellos.

Por eso decimos que el exceso es siempre la confusión del poco, dado que el poco no puede hallar medida a causa del agresivo extremo que su contrario le impone. Y si las dos disposiciones se llevasen a cabo según el término del exceso, esto es, una imbibición excesiva seguida de una desecación excesiva, no sería posible alcanzar ni medida ni proporción, pues tales términos transgreden los términos de Naturaleza. Por eso dicen los filósofos: "*despacio y poco a poco embeberéis la tierra, coceréis y calcinaréis*". Tened en cuenta, no obstante, que cuando digo poco, lo digo en relación a la virtud de la tierra. De todos modos, el poco es afín a los términos de la medida de Naturaleza, por lo que siempre será más fácil errar por exceso que por defecto.

Por otra parte, es más fácil corregir el error del poco que del mucho, dado que el extremo de una pequeña imbibición nada puede hacer contra la fuerza de la virtud de la tierra, que tiende a templar su sequedad, de modo que por una sucesiva imposición y una suave desecación, todo puede ser rectificado.

Éstos son los motivos por los que estos dos términos deben ser comprendidos si se pretende averiguar la forma y el modo de alcanzar ese virtuoso medio en cuyo seno la especie de naturaleza metálica debe ser salvada. Para ello nos es preciso recurrir a los dos efectos contrarios procedentes de la virtud opuesta que presentan los dos términos descritos, lo cual sucede por operación lunática o eclipsante debida, basándonos en la relación causa-efecto, a una diferente proporción nativa.

Y dado que el efecto de la causa no puede ser conocido sin la causa, en primer lugar deberemos enarrar las causas. Para empezar os digo que efectos contrarios proceden

siempre de causas contrarias, y que la contrariedad del uno nos lleva necesariamente a conocer la diversidad y contrariedad de su contrario, siempre y cuando se hallen en contrariedad pura o diferencia de contrariedad. De ésta última nace la diferencia de concordancia a partir de la cual podemos alcanzar el amor de naturaleza sustancial en todos sus accidentes, habida cuenta que la diferencia sustancial es siempre la causa del efecto de naturaleza y de todos los accidentes que hay en ella.
Procedamos pues a la exposición de las causas que nos van a permitir conocer con más facilidad los efectos en todas las obras que dependan de ellas. En primer lugar debéis saber que los términos o extremos de los que tratamos en este capítulo, actuarán en esta obra según hayan sido bien, mal o medianamente aplicados, por la cual cosa la manera de operar en este arte y todo el secreto de la obra consiste en el conocimiento debido de su modo de aplicación.
En primer lugar, sabed que el término de la calcinación es la causa de la desecación, corporeidad, mortalidad, fijación, deformidad y discontinuidad, por lo cual conocer o no con precisión la latitud de su más o de su menos supondrá actuar con o sin medida. Así es, según el modo en que sea aplicada la calcinación, se obtendrá un efecto u otro, dado que cada obra se demuestra a sí misma en su obrar. No obstante, cada obra precisa de su propio entendimiento para ser conocida, y por eso dicen los Filósofos que el hombre opera en propiedad en la medida que tiene entendimiento de su operación, por lo cual, si queremos que nuestra obra prospere rectamente, deberemos tener un recto entendimiento de la misma a fin de gobernarla según las diferencias contradictorias o concordantes establecidas por Naturaleza, que es la causa de perfección. Debéis saber que un entendimiento apropiado y conveniente da lugar a una obra apropiada y conveniente y, asimismo, una obra apropiada y conveniente, proporciona una virtud apropiada y adecuada de la que proviene la perfección en todas las cosas morales y naturales. Haced hincapié en esto, pues es doctrina universal y os puede llegar a salvar de las penas del infierno.
El otro término, contrario a la calcinación, es la inhumación hecha por imbibición. Este término es la causa de que la cosa seca se humedezca, de que la cosa corporal se aclare, de que la cosa mortal se revivifique y de que la cosa fija se mueva y se eleve. Hace ligera la cosa pesada, unifica y hace uniforme a la cosa deforme y divisa, y continúa su especie metalina en virtud de la naturaleza del medio metálico. Estas cosas son las que permiten introducir y fijar en el cuerpo muerto la calefacción y la animación, que son la causa de la vida corporal, pero para que tal cosa ocurra, deben llevarse a cabo de una manera apropiada y propincua a la medida del principio activo de naturaleza en forma de medio. Así pues, las inhumaciones deben ser hechas con calores medidos y proporcionales a los efectos de naturaleza y con frialdad complexionada, esto es, los calores deben ser descompuestos por las frialdades y, de modo similar, las frialdades deben ser descompuestas por los calores.
Este acto mixto entre el frío y el calor introduce las almas en el interior de los cuerpos y los templa, de modo que éstos pueden recibir una virtud mucho mayor, mucho más fuerte y poderosa, que les permite alcanzar una mayor templanza, pues, dado que el alma es templada por naturaleza, necesariamente templará los cuerpos no templados siguiendo unas determinadas obras de medida, como ya ha sido dicho. Ahora bien, las operaciones de estos términos, a saber, de asación y de imbibición tras la decocción hebdomadal, se realizan por modo de medida y proporción, que son precisamente las virtudes que después operarán las cosas de naturaleza, pues todo el fruto de este arte de Naturaleza tan sólo se resuelve en proporción y composición.
Así pues, dado que es menester que nuestro compuesto sea proporcional, es también preciso que obtengáis tal medio por virtud de las obras medidas según su naturaleza. Sabed que siempre que las operaciones sean medidas en razón de la forma de la naturaleza del medio que queráis componer, la naturaleza representará la forma del medio compuesto por noble proporción, en longitud, latitud y profundidad, participando, por una parte, de la

naturaleza de la plata viva y, por otra, del elixir perfecto. Y este medio, obtenido por virtud de las operaciones medidas, a saber, por imbibición medida y asación proporcional, presentará una forma entre seca y húmeda, entre cálida y fría, entre dura y blanda, y entre fija y volátil. De este modo templamos nosotros el seco con el húmedo y el húmedo con el seco, y lo cálido con lo frío y lo frío con lo cálido, y lo duro con lo blando y lo blando con lo duro, y el volátil con el fijo y el fijo con el volátil.
Es necesario que cada cual sufra de forma prolongada su propio movimiento, hasta que todos ellos sufran alteración y cambien de uno en otro y logren alcanzar la naturaleza de dicho medio por obra de las operaciones proporcionales a su naturaleza. En razón de estas cosas, podéis también comprender lo contrario, a saber, que si el espíritu húmedo se separa por completo del cuerpo por efecto de una fuerte asación y proporcionalización, entonces el compuesto no presentará jamás una forma entre blanda y dura, ni el seco será atemperado por el húmedo, pues ha sido completamente separado por medio de un término de asación ineptamente elevado en relación con la recta tolerancia que permite que la humedad sea conservada y coagulada con el seco a fin de retener el calor de naturaleza, que es la causa de vida y de movimiento de ingreso, de penetración y de tintura. En efecto: el húmedo no podrá presentar preservación ni fijación permanente si no ha sido previamente coagulado y ligado a la naturaleza del seco, dado que la cosa seca, al ser un espíritu fijo, retiene el volátil, que no puede de este modo huir, sea cual sea el grado de fuego al que se le someta.
La única cosa de naturaleza en la que se pueden encontrar estos espíritus fijos radicales es en el interior del sol y la luna. Ésta es la razón por la que disolvemos los espíritus fijos, pues de este modo coagulamos y fijamos nuestros espíritus volátiles.
De estos espíritus fijos, hacemos nosotros la medicina para convertir los metales. En estas cosas pone un especial ahínco Geber al exponer la doctrina real a los hijos de la verdad. Y es cosa muy importante saber que si se quiere convertir el cuerpo mediante alguna medicina, es preciso que se haga por el beneficio de los espíritus fijos permanentes disueltos por una buena ignición, pues en esta disolución ganan impresión e ingreso en el interior de los cuerpos a causa de los espíritus volátiles con los que se alían. Y los espíritus volátiles ganan en fijeza y permanencia con los cuerpos tingentes y perseverantes. No hay otro modo de hacer permanecer a estos espíritus ni otros cuerpos con respecto a los cuales tengan ingreso.
El espíritu volátil es de tal naturaleza que cuanto más fija y permanente sea la naturaleza del espíritu fijo ante el efecto del fuego, más se fija el volátil con él. Éste es el motivo por el que tomamos los espíritus fijos del sol y de la luna cuando queremos alcanzar la fijación de otros cuerpos con una recta fusión. Entended pues la disolución de estos espíritus fijos y radicales no desde un punto de vista extremo, esto es, con la intención de que sean reconvertidos en agua, sino desde el justo medio, lo cual se consigue con la retención, coagulación y mutación de los espíritus volátiles con los fijos manteniendo la medida en la operación, a saber, manteniéndose entre el demasiado y el demasiado poco en los procesos de asación e imbibición.

Por qué se hace la asación

Nosotros hacemos la asación mediana por dos razones. La primera es para que las partes convenientes e inflamables de los azufres untuosos corruptivos y corruptibles se desliguen y se separen de los espíritus fijos calcinados, dado que las partes convenientes, a causa de su continuidad con la plata viva, se protegen del fuego al ser calcinadas.
La otra razón es para conseguir que la humedad volátil coagulada y ligada con el fijo radical, se deseque y se desprenda de toda humedad flemática, de modo que se convierta en cal de la naturaleza del metal. Notad esto: adquiere la forma de una cal menuda, y no la forma del

metal en grandes piezas. La razón por la que se congela en forma de una cal menuda es a causa de la gran terreidad seca de los espíritus fijos, que se halla entremezclada en partes muy menudas con la sustancia del dicho húmedo volátil. Y debido a esta incorporación y mezcolanza, la continuidad del húmedo se ve turbada, razón por la cual se genera una porosidad en su cal a través de la que penetra el alimento multiplicativo. A la luz de esto, podréis entender la razón por la que la imbibición debe ser seca, ya que el seco debe sobreponerse por encima del húmedo, y la calidad del agua debe poder soportar la calidad de la tierra, ya que su sustancia debe ser transmutada en tierra. Tened en cuenta, no obstante, que esta tierra será en función de la naturaleza del agua terminada, pues sólo así se evitará que la porosidad de la tierra fija se pierda por una excesiva permanencia en la imbibición. En efecto, si las partes calcinadas de la tierra fija fuesen continuas con la plata viva, entonces la plata viva jamás podría ser terminada, ya que la calidad seca de la tierra que debe cabalgar sobre el húmedo estaría muerta, de manera que la humedad no podría ser convertida en cal de naturaleza, sino que se coagularía en cuerpo imperfecto.
Ítem, la sulfureidad extraña no se podría elevar, sino que permanecería en el interior del vientre de la plata viva y se protegería del efecto del fuego, y, entonces, el fuego no podría nada con la plata viva, y ésta ni ardería ni se elevaría.
Así pues, amasaréis conjuntamente las partes raras del fijo y del volátil, hasta que por la discontinuidad de la rareza se conviertan en ceniza. En esta rareza se hace la cal de naturaleza del húmedo alimenticio, por asación y por imbibición.
Aún hay un tercer motivo por el que la asación debe ser medida y debe ser restaurada de la humedad perdida, a saber, para evitar que la naturaleza pura llegue a arder y para que se multiplique. Esta medida es causa de perfección para hacer las cales de naturaleza a partir de las podredumbres de las esencias de naturaleza, pues después de ver esa podredumbre, aparecerán ante vosotros las centellas blancas. Éste es el signo que muestra la tierra cuando empieza a blanquear, y es señal de la vivificación de los cuerpos y la mortificación de los espíritus. Entended que todo se opera según mesura, pues a medida que el espíritu es mortificado, en esa misma medida es vivificado el cuerpo. Por eso decimos que la mortificación del espíritu es la causa de la vivificación del cuerpo. Así pues, todo aquel que no sepa mortificar según medida, no podrá vivificar los cuerpos jamás. Y todo el que no sepa vivificar los cuerpos según medida, no podrá mortificar espíritu alguno.
Y si queréis saber dónde descubrir la medida, observad la obra de Naturaleza, y si operáis según la Naturaleza, vuestra obra siempre será según recta medida. Sabed que el efecto es el fruto de todo el curso de la Filosofía, y tan sólo depende del término de la medida según Naturaleza, aunque tal medida sea difícil de descubrir, y más en unas cosas que en otras. Cualquiera puede trazar un círculo, pero sólo el sabio geómetra lo trazará según la realidad de la naturaleza.

Por qué se hace la imbibición

Asimismo, hacemos imbibición según medida por dos causas principales. En primer lugar, porque los espíritus fijos son la causa de perfección de los cuerpos imperfectos y los receptáculos de los volátiles, los cuales se encuentran mezclados con las sulfureidades carburantes y combustibles en la raíz de la naturaleza. Por eso es preciso templarlos tras su calcinación por medio de imbibiciones de agua, pues de este modo se impide que ardan en la raíz de su naturaleza. Y no basta con fijarlos, sino que además es necesario coagularlos y amasarlos con ellos, pues al encontrarse mezclados en pequeñas partes con los carburantes, se establece una discontinuidad que impide que una parte actúe en defensa de la otra.
La otra causa es la necesidad de separar y disolver la sustancia terrestre fija unida en la raíz de la naturaleza pura, la cual no se puede separar ni mundificar de la sustancia terrestre feculenta e impura de ningún otro modo, ni siquiera por calcinación o por ingenio del

fuego, ya que esa sustancia feculenta, al haber sido fijada por la exterminación producida por las calcinaciones y asaciones, permanece fijada en forma de una corteza negra vitrificada. Nosotros conseguimos la separación por sublimación y elevación de su volatilidad, la cual ha adquirido de la plata viva volátil con la que ha sido amasada y unida por la conveniencia natural que guardan entre sí. No hay otro modo por medio del cual mundificarla ni separarla salvo a partir de esta resolución, elevación y ablución de las partes fijas y volátiles según la mezcla señalada. Y esto es así porque la plata viva retiene siempre lo que es de su naturaleza al tiempo que rechaza lo que le es contrario, razón por la cual, cuando alguien os diga que limpiéis los cuerpos por calcinación, debéis entender la sustancia terrestre combustible que no está unida con la raíz de su naturaleza, dado que la sustancia de la tierra unida no se puede limpiar por calcinación salvo por el medio que os he indicado, a saber, o bien con la sustancia volátil de su plata viva, que elevará la sustancia de la tierra por sublimación dejando tras su paso la sustancia terrestre que es contraria a su naturaleza, o bien con la medicina que se hace después a partir de la plata viva sublimada y disuelta con una fuerte ignición y que es capaz de enmascararla, templarla, encerrarla y convertirla, por fijación y para su beneficio, en oro y en plata de gran lucidez y esplendor, de modo que la sustancia inmunda se separa por completo de la mezcla a causa de la perfección alcanzada.

Por eso os encomiendo a que consideréis con gran cuidado la medida en la obra de naturaleza, pues por su medio podréis obtener todo cuanto deseéis. Y más importante aún que la consideración de la medida es tener en cuenta que existen dos términos extremos y contrarios que se hallan más allá de la latitud de la medida de la obra de Naturaleza, y que por su causa obtenemos dos muertos, que son dos destrucciones de la materia de Naturaleza. En efecto, estas muertes, que vienen causadas por la calidad de estos extremos contrarios, están más allá de la intención de Naturaleza, pues superan la razón de su entendimiento. Dado que la calidez y la frialdad son cualidades mortificativas, tan sólo deben intervenir en relación a la medida de su perfección, de modo que sea posible la retención por mortificación y el movimiento y progreso por vivificación, teniendo en cuenta que la vivificación se opera por humedad y calor, que son los responsables de la vida y del movimiento, mientras que la mortificación se opera por sequedad y frialdad, que son las responsables de toda suerte de desfallecimiento, y sólo teniendo en cuenta estas cosas os será posible conocer y elegir las cosas que operan de acuerdo con la proporción y medida de la Naturaleza y dejar a un lado las cosas que operan más allá de la proporción y fuera de la medida de Naturaleza.

Así pues, yo os digo que reduciendo estos términos en confortación y debilitación, podemos afirmar que toda debilidad se debe a un exceso o a un defecto, a saber, a una imbibición excesiva o defectuosa, o bien a una calcinación excesiva o insuficiente, pues en estos dos términos se ubican las extremas cualidades mortales. Sabed que por una excesiva imbibición o inundación acuosa, el calor natural se extiende por engrosamiento y el cuerpo se atiesa y se endurece a causa de una superabundancia de frialdad que excede la proporción, y que por una excesiva calcinación el calor se pierde y la tintura se inflama por rarefacción o sutilización del húmedo radical que se disuelve del cuerpo a causa de un calor que excede la proporción, dado que este húmedo está sujeto y es el receptáculo propio del calor natural. Si esto sucede, es decir, si ese húmedo al que se ve reducido el calor natural antes de ser coagulado, se mantiene en esa situación de congelación por natural espesación, no tendremos un cuerpo vivo, pues la vida es la noble complexión que toma el cuerpo del húmedo coagulado y del calor que ese húmedo retiene en él. Sabed que en estos dos, a saber, en este húmedo y en este calor, se hallan retenidas las virtudes de las estrellas, que son las responsables de la acción de la materia coagulada portadora de la insignia de la especie metálica. Así pues, si queremos coagular esta humedad vivificativa con todo su calor complexional, al ser fugitiva y espiritual, es preciso conservar la medida del calor

según exige la tolerancia de su especie hasta que sea espesado. Sabed además que a causa de su inspiración adquiere un término próximo a la fijación por el cual puede ser elevado poco a poco por acción de un fuego mucho mayor.
Retened pues esto: la debilitación se debe siempre a un exceso o a un defecto tanto en la imbibición como en la calcinación, de la cual cosa se colige por argumento de contrarios que necesariamente la justa medida en la imbibición y en la calcinación será siempre causa de bienestar. De ello debéis concluir también que en la medida en que seáis capaces de determinar los modos de confortar la virtud factiva de la piedra, determinaréis también los modos de debilitarla, dado que si uno de los contrarios es conocido, también su correspondiente es sabido, tal y como mostraremos en general en el capítulo dedicado a la confortación.
Así pues, queda dicho que en la medida referente a la confortación, y dado que una sequedad o una humedad excesivas son causa de debilitación, entonces la justa medida de sequedad y de humedad es motivo de bienestar, por lo que es de absoluta necesidad que operéis según los términos que determinan la latitud de la justa medida, a saber, en la calcinación y en la imbibición. Ahora bien, debéis tener en cuenta que dentro del margen establecido por los extremos determinativos de la latitud de medida en la calcinación, se opera directamente en modo de debilitación y, accidentalmente, en modo de confortación. Quiero decir con esto que opera en modo de debilitación en tanto que purga la cosa que naturalmente se termina, dado que ninguna purga puede operarse radicalmente sin que medie una cierta debilitación y una cierta pérdida de húmedo radical; ahora bien, al mismo tiempo opera accidentalmente confortando, siempre y cuando nos mantengamos en los términos de la medida de naturaleza, en tanto que contribuye a la conservación de su humedad, así como a su coagulación y término, con la mínima pérdida de radicalidad. Lo mismo sucede con el contrario conmensurativo de naturaleza que participa en diferencia de concordancia -no de contrariedad, como sucede con los extremos remotos ajenos a la medida vital.
En cuanto al término de imbibición ajustado a latitud de medida, opera siempre confortando, ya que con su acción se restaura la cosa perdida, se enternece la cosa seca, se vivifica la cosa muerta, se refuerza la cosa débil, se hace crecer la cosa que ha disminuido, se templa lo destemplado proporcionando mayor templanza, se consigue que la cosa resista la acción del fuego y muchas otras cosas. Esta confortación realizada por medio de una imbibición mesurada, opera en Concordancia con la debilitación de la que os he hablado antes hecha por calcinación proporcionada. Ahora bien, accidentalmente, esta imbibición también debilita, ya que interviene en la construcción del húmedo radical, el cual se ve reducido a confortación por razón de la medida de su imbibición. Así pues, los modos de confortación de la virtud requieren los mismos modos de debilitación, es decir, que deberéis calcinar vuestra materia según lo requiera vuestra imbibición y, después, deberéis embeberla en la medida en que haya sido desecada por calcinación.
Insisto en ello: huid de una excesiva calcinación y de una excesiva imbibición, y operad tan sólo de acuerdo a los términos determinados por la latitud de medida. Cada uno de estos términos se corresponde con su opuesto, con el cual mantiene una diferencia de concordancia, de la cual procede el amor de coligación y templanza. Esta diferencia de concordancia es la responsable de que en el proceso de calcinación sea preciso que la sequedad en la materia gobierne sobre el proceso de reducción del húmedo, cosa la cual induce a que durante toda la obra predomine la debilitación, provocando a su vez la aproximación del húmedo al término de algún signo de mortandad, dado que esa sequedad es causa mortificativa. Ahora bien, sea como sea, la calcinación según medida desecará y mortificará, así como la imbibición proporcionada debilitará y mortificará, al tiempo que se vea aumentado el bienestar y tenga lugar una vivificación de mayor vida y superior virtud. De este modo, a partir de estas cualidades según medida, mortificamos los espíritus al

tiempo que vivificamos los cuerpos por eyecciones y aposiciones, dado que la asación mesurada opera por eyección y retención, y que por eyección y retención mortificamos. Por su parte, la imbibición se opera por aposición mesurada, y esta aposición opera a modo de revivificación y resurrección de la cosa muerta. De este modo, mortificando por asación los espíritus, logramos resucitar los cuerpos, y los resucitamos gracias a una imbibición e inhumación de la cosa seca y muerta con la cosa húmeda, viva y animada. Por eso os digo que es preciso confortar constantemente los espíritus mortificados para revivificar los cuerpos, devolviendo a éstos su naturaleza de fermentos temperados y animados, teniendo en cuenta que este confortamiento y revivificación se hace por naturaleza viva de los espíritus húmedos vivificativos, por lo cual es de absoluta necesidad que éstos últimos sean debidamente exuberados y animados por calor de grasa natural.

El modo de hacer esta exuberación se logra por multiplicación de la tintura, dado que cuando un espíritu se transmuta por el cuerpo, entonces comienza a crecer en cantidad, por la cual cosa es preciso nutrirlo tanto material como formalmente. Cuando esto sucede, el espíritu se infunde en el cuerpo por sucesiva imbibición rociada. Entonces, el calor consumativo de los espíritus mortificados debe templarse, con lo cual se logra su revivificación. En consecuencia queda restaurada la anterior pérdida y su sustancia se ve aumentada y multiplicada, dado que tanto formal como materialmente es de su propia naturaleza, razón por la cual se transmuta en su sustancia. Así pues, si no embebéis vuestra tierra con dichos espíritus por aposición rociada, entonces, y debido al calor del fuego que se halla en el interior del cuerpo seco, todos los espíritus muertos se confundirán y las tinturas arderán en una rápida combustión. No olvidéis, pues, embeberlos con el rocío de la lluvia de verano para templar su calor. Practicad después sus debidas desecaciones mezclando e incorporando por contrición el húmedo con el seco, el vivo con el muerto y el espíritu con el cuerpo hasta que formen una sola materia en forma de tierra seca. Después coced, y de este modo los cuerpos estarán a salvo de la combustión.

Sólo así conoceréis por entendimiento real propincuo a la realidad de Naturaleza su sabiduría, que reza que ya que ese agua espiritual es materia de nuestra piedra o del compuesto mezclado, se puede afirmar que alimenta y proporciona crecimiento a los espíritus según el modo antedicho, ya que el calor natural de los espíritus, precisamente por ser calor natural, se mantiene constantemente templado y no tiene necesidad de enfriarse. No obstante, al ser extremadamente susceptible a ser excitado, a causa de las humosidades conclusas del compuesto, necesita del beneficio de la imbibición de la primera agua, ya que ésta atempera la reparación de los espíritus. Y esto es así porque el calor siempre tiende a consumir las humosidades de los espíritus resolviéndolos, razón por la cual, si éstos no fuesen embebidos en su propia agua con el fin de restaurar las eventuales pérdidas, su humedad radical no tardaría en arder, la cual cosa supondría una pérdida irreparable, dado que por esa humedad radical se calienta y multiplica el calor natural, que es la tintura sustancial con todos sus accidentes.

Por esta razón, si el húmedo radical arde, de inmediato se verá sofocado el calor natural que hay en él, y su sustancia fenecerá y arderá por completo por no quedar ni rastro de la humedad aérea sustancial en la cual y por la cual obtiene sustento y se multiplica, perdiéndose, en consecuencia, toda la tintura. Retened pues esto: todo el estudio de los Filósofos debe centrarse en las imbibiciones, pues la materia del azufre y de la plata viva ha de ser puesta al amor de una prolongada y adecuada disolución binaria, a saber, primero del húmedo cibal exuberado, y después del radical resuelto liquificado y putrefacto en cantidad del húmedo exuberado, amasado y sublimado con el agua, resuelta primero en su propia naturaleza y, después, depurada por separación y rectificación de sus partes elementales según lo determinado por sus propias diferencias. Por eso entendieron los llamados Filósofos que para tener cosa de perfección en Naturaleza, conviene que ésta sea obtenida por vía de nutrición, a través de la mezcla hecha a partir de pequeñas y diversas partes del

húmedo y del seco mezcladas conjuntamente por estrecha proporción. Y que la virtud de su tierra y del fuego deben ser confortadas por virtud de sus aguas por imbibición según una estricta sucesión de linaje, dado que esas inmensas virtudes se hallan universalmente en toda la materia, tanto en la elemental como en la celeste. Por esta razón, y en relación con esa proporción de forma o de mixtura de la cosa que sabemos se aduce por sublimación en forma de puro azufre seco, hacemos las imbibiciones de acuerdo a una estricta proporción, a fin de que en el interior del húmedo se opere una fuerte digestión y este húmedo se convierta en seco.

Ya sabemos que toda virtud tiene el poder de convertir antes, mejor y en mayor cantidad el fermento si actúa sobre pequeñas partes divisas que si opera sobre grandes cantidades indivisas, por eso es preciso que nuestro azufre esté mejor digerido que el metal, y para ello es necesario que la confortación de la virtud conveniente se haga por estrecha imbibición rociada. De este modo, por medio de las cosas que confortan la naturaleza de dicho azufre, es ayudada la virtud natural de éste, y así, por una fuerte digestión, son inducidas la pureza y luminosidad propias de la naturaleza. De esta manera se hará nuestra preparación y purga, que será efecto y obra de la naturaleza optativa y efectiva, y a partir de sus propios instrumentos nuestra obra será orgánicamente efecto del arte, pues el arte deja de operar ante el efecto de la preparación natural, cosa la cual no es de sorprender, ya que la tal preparación es estrictamente obra de naturaleza. Ésta es la razón por la que el arte tan sólo la puede llevar a buen término disponiendo y administrando orgánicamente, ayudando y desecando la materia de la naturaleza. Entonces esta naturaleza, sabia y discreta, ejecuta con gran cuidado la purga y preparación de su perfección.

Para que vos no ignoréis la virtud y el poder de esta noble naturaleza, debéis saber que ninguna forma espiritual, excepción hecha del alma disuelta en los cuerpos, es capaz de mover su materia, de la cual es efecto y perfección por movimiento de generación. Por este motivo nosotros disolvemos primero los cuerpos, pues una vez disueltos son capaces de resolver la materia de su naturaleza por movimiento de generación. Y una vez han sido disueltos, y en homenaje a las obras que operan, superiores o inferiores en relación a las naturalezas en las que son convertidos y transmutados, son llamados por nosotros almas, virtudes y poderes. Sabed que las virtudes de estas almas constituyen un poder tan grande que, a causa de su sustancia mutable, sutil y espiritual, participan en la fijación en mayor o menor grado, moviendo lo más profundo de la materia de naturaleza, a la cual, por depuración, sutilizan enormemente. Después la transmutan completamente en puras y verdaderas formas similares a esas almas, cosa la cual sería totalmente imposible si anteriormente no hubiesen sido mezcladas por mixtión natural con lo más profundo de las materias de naturaleza, de modo que aquéllas sean capaces de operar su movimiento y transmutación. De este modo convierten los cuerpos y espíritus naturales, que son materias terrestres, en formas de naturaleza celeste, razón por la cual nosotros llamamos a estas almas espíritus, formas, virtudes y naturalezas celestes. Por eso Fledus, en el libro de la secreta compañía dice:

"(...) *La naturaleza celeste convierte de este modo todos los cuerpos en espíritus. Por eso os digo que sin ella no es posible que aparezcan ni la negrura, ni la blancura, ni la rojez. Por ella es alcanzada toda perfección, pues Dios le ha concedido la virtud superior mutable ligada a la virtud inferior fija. Pero esta virtud superior, a pesar de ser material en sus alturas, vence y descompone todas las cosas inferiores por razón de su similitud, rareza, sutileza y acuosidad, ya que toda cosa enrarecida ejerce su operación sobre la cosa espesa. Ésta es la noble naturaleza que transmuta las cosas corporales en formas preciosas. Bendito sea Dios, maestro y creador de todas las naturalezas, bendito sea Aquél que a partir de la vil materia, corporal y corruptible, ha creado tal cantidad de cosas preciosas, inmortales e incorruptibles.*

"*Esta naturaleza celeste ha sido llamada cielo envolvente que contiene la tierra y todo lo que es de su necesidad, y presenta una forma esférica y redonda. También ha sido llamada pequeño mundo en relación al gran mundo por su integridad, y espíritu y alma por su perfección incorruptible, y primera naturaleza de los*

linajes homogéneos, y forma de las formas. Si la tierra y la carne se tornan en cielo y espíritu, entonces, si el espíritu vence a la carne, la tierra ascenderá hasta el cielo completamente sublimada, ennoblecida y exaltada, ya que la virtud activa de este alma o espíritu transmuta por completo su materia natural asemejándola a ella, convirtiendo aquella materia corruptible en forma incorruptible, con el propósito de que, por virtud de tamaña asimilación, provoque efectos unívocos o equívocos, cosa la cual constituye una propiedad de las formas, a saber, operar y obrar constantemente sobre la materia de naturaleza por movimiento hasta conseguir transmutarla en una forma semejante a ella por la virtud incorruptible de su perfección. Y así, de corruptible que era, la ha hecho incorruptible. Ítem, la naturaleza simple esencial es el primer movimiento de la soberana naturaleza mutable y el reposo tras su perfección, dado que el movimiento de la soberana naturaleza mutable reposa en sí misma sin corrupción alguna. Sabed que si en esta simple y esencial naturaleza primera los cuerpos son convertidos y retornados por el poder de sus formas, ya no será posible volver a transmutar sus especies. Si queréis tener un mayor conocimiento de la propiedad de las virtudes transmutativas, observad la virtud animativa que Dios ha otorgado tanto a las plantas como a las piedras, y cómo esta virtud ha sido ocultada a los ojos del humano linaje. Yo os digo que estas propiedades y virtudes las encontraréis expuestas plenamente en los libros de las bestias, las piedras y las plantas por virtud de Filosofía. A pesar de ello, yo mismo os las expondré en este libro con todas sus propiedades, y recorreremos la naturaleza de nuestras piedras con todas las virtudes transmutativas, teniendo en cuenta que esta naturaleza no puede ser alcanzada en sus propiedades ni ser vista actualmente en sus obras si primero no ha sido extraída del sol y de la luna por triple disolución".

La primera disolución se hace para disolver la virtud simple del sol y de la luna, a saber, la humedad viscosa y mercurial en la que hallan continuidad las partes terrestres y fijas del húmedo radical sulfúrico, y para ligar aquella virtud al espíritu crudo.

La segunda disolución se opera por disolución prolongada y reducción de las partes radicales fijadas, sutilizadas y desecadas en consistencia de polvo sutil en su propia agua, la cual ha sido previamente resuelta de ellas y ligada con el espíritu crudo. En este agua, todas las partes corporales son deportadas universalmente en forma de cuerpo fundido o liquificado sin ningún tipo de interrupción, la cual cosa no puede hacerse por medio del mercurio crudo al no poseer éste suficiente virtud ni potencia agente. Esta virtud y potencia agente es la viscosidad de los cuerpos, que ha sido resuelta en el interior del mercurio crudo, y que es el espíritu mediador entre cuerpo y espíritu. El cuerpo y el espíritu se unen conjuntamente en esta disolución a causa de la participación y afinidad natural que el cuerpo y el espíritu tienen con la naturaleza de dicho mediador. Y dado que este espíritu mediador contiene en sí la naturaleza del cuerpo y la naturaleza del espíritu, es conveniente unirlos en forma de solución licuefactiva. En esta solución es engendrado el amor de naturaleza y la similitud de todas las partes en un símbolo natural, y esto es así debido al movimiento universal que dicho mediador infunde en todas las partes naturales con el poder propincuo que ejerce sobre el alma del cuerpo. Asimismo, la virtud atractiva se ve reforzada y crece por todas las partes del compuesto.

Debido a estas virtudes adquiridas, el espíritu, después de la vacuidad que las partes de su cuerpo han alcanzado por resolución continuada y división elemental, se convierte de nuevo en cuerpo por imbibición rociada hecha por vía de reducción. Entonces se mueve mejor en el interior del cuerpo y alcanza lo más profundo del mismo, y mejor se transmuta éste al verse reforzada la virtud apetitiva de todas las partes engendradas por amor de similitud de las partes en unión natural y firme, virtud que, por amor, atrae el alimento similar a ella en virtud y en materia hacia el centro y hacia lo más profundo de la alcoba de su radicalidad, y ésta, en agradecimiento, lo transmuta. Éste es el motivo por el cual el radical atractivo es comparado con el corazón, y no con la boca, ya que el corazón radical atrae lo más digerido y depurado, mientras que la boca atrae la cosa indigesta e impura. Por eso en el libro está dicho que se debe velar y dormir, pues el corazón, desde el centro de su estancia, atrae el alimento, lo acaba y lo envía a los miembros a través de las venas.

Por ello os digo que os fijéis en la virtud y naturaleza de este primer mediador, pues por su virtud activa, homogeniza completamente la materia liquificándola por disolución. Notad que el agente natural no podrá transmutar su materia en la reducción si previamente no la vuelve completamente homogénea y simple por virtud de su acción. Entended que este agente es también el responsable de conceder y terminar aquella forma sustancial que naturalmente buscáis, a saber, la forma de elixir perfecto. Atendiendo a esto, podréis conocer por real entendimiento que la materia natural sólo se transmuta y se convierte en su perfección natural por el agente natural propincuo a su naturaleza, ya que la materia, durante su transformación, recibe constantemente las obras en modo de forma acorde con la naturaleza del agente por el cual se corrompe y transforma. Por eso es necesario que la materia pasiva y la forma activa pertenezcan por completo a un linaje específico.

Pero esto no puede penetrar el entendimiento del vulgo, razón por la cual las obras sofísticas son guiadas por entendimiento sofístico que lleva a los sofistas a operar con fuegos extraños y con extraños principios activos que son completamente remotos a la naturaleza del metal. Y lo mismo podemos decir de aquellos que disuelven los cuerpos en aguas fuertes vitriólicas y mordicantes para formar toda especie de piedras terrestres desprovistas de toda proporción y ajenas por completo a la naturaleza de los metales, cosa la cual no debe sorprender a nadie, pues tales productos no hacen sino responder a los requisitos del principio activo que han utilizado, y que es completamente contrario a la naturaleza del metal. En efecto, poseen otra forma, y otra materia, y otra acción, de modo que, siendo tan sólo propincuos a la naturaleza de la que proceden, no hacen más que desproporcionar la naturaleza del metal por extraña mixtión en forma terrestre, y por la acción vehemente del calor endurecedor se quema y arde todo aquello que debería nutrir al húmedo radical, llegando a separar a este húmedo radical de la latitud de la naturaleza metalina, convirtiéndolo a la naturaleza del agente utilizado, que es de distinta proporción, ya que según la verdad de naturaleza, la propiedad de cada agente debe terminar la materia que transmuta en la forma y la especie de su propia naturaleza. Así pues, ya que la materia pasiva ha recibido fermentación y asimilación del disolvente activo, es cosa necesaria que sea terminada en su forma según el derecho de toda naturaleza, y puedo afirmar que jamás en la naturaleza sucede lo contrario, esto es, que la materia pasiva sea capaz de transmutar lo activo en su naturaleza del modo en que, generalmente, lo logra la materia activa con respecto a la pasiva. Por eso os digo que si desconocéis que la naturaleza de nuestro fuego opera según la especie del puro metal, no haréis nada en este arte, pues sólo delimitando este fuego a la latitud de medida de la nobilísima y soberana naturaleza de metal, conseguiréis que su operación se ajuste a la latitud de medida por proporción específica sin sobrepasar los término de su propia naturaleza. Esto que os digo, aplicadlo también al frío constrictivo que se encuentra condicionalmente en la materia pasiva, el cual no es, sustancialmente, de ninguna materia extraña o remota a la naturaleza del activo, sino que, por el contrario, su forma, virtud y potencia es la más propincua en naturaleza que podáis encontrar.

Dado el caso que la materia pasiva sea verdadera y natural, si al frío extraño se le añade la verdadera condición del agente por medio de una aposición mayor, entonces el húmedo radical será exprimido hasta tal punto por induración, que todo el calor del activo se verá sofocado y perderá por completo su movimiento. Esto sucede porque todo el húmedo huye ante la extrema constricción del frío, y era precisamente la sustancia de ese húmedo la que confería calor y nutrición al calor natural. Entonces, a causa de esa carencia, la piedra no se puede fundir ni liquificar sin previa aposición de cosa cálida y húmeda. Así pues, si queréis tener en vuestro poder estos dos instrumentos, buscad el fuego macho, que es el más importante de los principios activos, en el interior del vientre del sol, dónde lo encontraréis sin falta alguna. En cuanto al frío que por naturaleza propincua se halla condicionado a ese fuego, y que constituye su contraparte femenina, se encuentra en el

interior del húmedo material y nutrimental extraído del vientre de la luna. Estas dos platas vivas son la única cosa que necesitáis para hacer vuestra obra: en ellas debéis buscar las virtudes transmutativas, y a partir de ellas descubriréis el modo de multiplicar sus poderes y fuerzas, teniendo en cuenta que tal multiplicación sólo puede hacerse por medio de una fortísima mixtión.

Ahora bien, una mixtión realmente fuerte no es posible si todo lo que se mezcla no se ha sublimado previamente en vapor. Por eso la coligación y mezcla se opera sobre partes pequeñas y menudas que se resisten a cualquier separación, y de esta mezcla inseparable procede la virtud que opera y transmuta según la razón y naturaleza de la mezcla. Así pues, cuando queráis multiplicar la virtud que transmuta, lo haréis por una fuerte mezcla de sublimación.

Después de esta segunda disolución, pasaremos a la tercera, que se hace por vía de reducción por imbibición rorativa, cuyo fin es multiplicar la virtud y fortalecerla en forma y especie, erigiéndose esta disolución en un nuevo mediador por el cual esa forma es llevada, por mezcla y disolución, a forma de vapor seco con la apariencia de un polvo blanco. En este mediador se encuentra la virtud multiplicativa por vía de triple y estricta mezcla y disolución, virtud que posee un mayor poder de transmutación y conversión sobre las demás formas a causa de su proximidad con lo fijo. Y si queréis multiplicar más aún estas virtudes, tan sólo debéis repetir de nuevo estas tres disoluciones, ya que cuantas más veces las repitáis, más multiplicaréis las virtudes transmutativas, la cual cosa constituye un gran secreto de Naturaleza. Esto sucede siempre por aposición de nuevos fermentos, y todo esto no es más que cuerpo sutilizado por disolución, contrición y asación con los espíritus. A partir de estas sutilizaciones se logra la conjunción de los cuerpos y los espíritus sin separación. Por su parte, la sutilización no es más que una disolución en agua con la consiguiente unión universal de cuerpos y espíritus. De aquí se colige que la tercera disolución es un efecto de las dos anteriores y acto principal de todo nuestro magisterio.

Esta disolución no puede llevarse a cabo sin el conocimiento de las cosas relativas a la confortación y debilitación de dichas virtudes, las cuales templarán o destemplarán según el grado de confortación y debilitación. Es importante que no paséis esto por alto.

Dado que la piedra, al reducirse, adquiere una enorme sequedad, que es una cualidad mortificativa, deberéis obrar de tal manera que el calor infundido por el húmedo ígneo se enfríe por roración del húmedo nutrimental, procurando que el efecto del fuego resuelva la flema sin resolver el calor natural, pues, en caso contrario, se volverá más fría que antes y permanecerá muerta. Aplicad pues un fuego lento para unir la sustancia de la plata viva con el azufre, de modo que su naturaleza terrestre adquiera la naturaleza del aire animado por aposición y reducción del agua exuberada y sublimada y, posteriormente, la naturaleza del fuego por reducción del aceite caliente y húmedo. Continuad aplicando un fuego lento hasta que se vaya fijando poco a poco por sucesión de operaciones limitadas, y su calor se vea fortalecido según requiere su esencia. Y en la medida en que se debilite por asación mesurada, en esa misma medida debéis confortar por imbibición proporcionada, dado que la cantidad de alimento necesario será mayor o menor según sea la cantidad de calor requerido. Así es: no bebáis si no coméis, y no comáis si no bebéis. Tantas veces como lo embebáis, tantas veces lo desecaréis. Toda la intención de este magisterio, en lo que respecta a la manera de operar, depende de estos dos términos. Ahora bien, primero debéis disponer de vuestras aguas y vuestros aceites perfectamente templados y rectificados, pues de su sustancia se hace nuestra piedra, a saber, de sus tierras sublimadas y retenidas por las virtudes de los medios sucesivos por ingenio de reducción y mixtura, solución y putrefacción.

Las putrefacciones se llevan a cabo a partir del calor propio, que corrompe en primer lugar el húmedo animado por mixtión, el cual después dará término en forma y naturaleza a aquél calor por vía de calefacción. Esto sucede a causa de la evaporación que ha sido

retenida en su mezcla por la virtud inferior fija ligada con la superior volátil. Procurad pues que este vapor no huya de su mezcla por efecto de un calor extraño mientras se encuentre ligado con el fijo, pues en ese caso toda la obra fracasaría. Por eso dicen los antiguos Filósofos que la putrefacción consiste en la terminación del húmedo por cálida sequedad, ya que la virtud retentiva reside en lo seco y la virtud terminativa del húmedo reside en lo cálido. De este modo, en el seno de la cosa mezclada, el seco da término al húmedo volátil reteniendo su vapor, a pesar del efecto del calor, por coligancia de fijación y volatilidad.

Ahora mostraré cómo se sublima y blanquea la tierra

Os he enseñado que a partir de reiteradas imbibiciones acompañadas de fuertes trituraciones y frecuentes asaciones, la mayor parte del mercurio se gasta. Pero aún falta por mostrar de qué modo es expulsado el remanente de flema por medio de reiteradas sublimaciones.

Cuando la tierra haya embebido la quinta parte de ese flema, cosa que sabréis cuando esta tierra adquiera una blancura perfecta, deberéis dejarla enfriar y sacarla del vaso. La dispondréis entonces en una cucúrbita de tierra resistente y vidriada que tenga el cuello más largo que el fondo. Tomaréis un alambique de vidrio absolutamente limpio y lo dispondréis todo según se os muestra en la figura del final del libro. En este vaso así dispuesto procederéis a sublimar con el fuego más fuerte que seáis capaces de aplicar. Notad que el Filósofo se refiere a esta disposición cuando dice: "*La razón es ésta: si sublimáis vuestra tierra con fuego templado, el húmedo se sublimará y lo seco permanecerá en el fondo*". Por eso os dice el Filósofo que apliquéis el fuego más fuerte que podáis, pues de este modo la materia se fundirá de golpe, ya que el seco retendrá al húmedo y el húmedo retendrá al seco, y ascenderá en forma de un polvo blanquísimo. Cuando veáis que vuestra tierra muestra una intensa blancura similar a la de la nieve y que se sostiene como un polvo muerto en los espóndilos del aludel, la sacaréis del vaso. Entonces la volveréis a sublimar sin sus heces, ya que si la sublimaseis con las heces os sería imposible desprenderos de ellas más adelante.

El polvo que hallaréis sublimado sobre las heces es ceniza de ceniza o ceniza procedente de la ceniza sublimada y ennoblecida, y lo que permanece en el fondo es la ceniza por la que lo inferior es vituperado y damnificado, no siendo más que inmundicia, corteza y negrura de la que no vamos a necesitar en absoluto. Separad pues lo claro de lo oscuro, y cuando ascienda como blanca nieve, la cosa será cumplida.

Debéis saber que cuando el Filósofo dice que la toméis sabiamente, quiere decir que no debéis permitir que huya en forma de humo, es decir, que cuando se sublime es preciso que os apresuréis en mezclar la parte del azufre del que queréis hacer el elixir al blanco con su agua y su fermento, tal y como os fue indicado cuando hablábamos de la fijación y del elixir de composición. En caso contrario, esto es, si lo dejaseis envejecer, os arriesgaríais a perderlo. En cuanto a vuestro azufre rojo, lo haréis al rojo según se os indicará en el capítulo siguiente, que trata de la composición del azufre rojo.

Así pues, cogedlo sabiamente para que no se vaya en forma de humo, pues esta tierra es el bien que ansiábamos, la tierra blanca foliada que congela, el cuajo, la ceniza de ceniza, el arsénico, el azufre blanco que, según Aristóteles, es la principal de las cosas que los Atenienses deben tomar para hacer a partir de ella la plata. Operad pues con ella sobre la luna, y de este modo será hecho y perfeccionado el azufre blanco no ardiente. Debéis saber que si las heces participasen en algún grado de la noble naturaleza media, deberéis embeberlas de nuevo con vuestra agua blanca exuberada que habíais reservado, embebiendo y calcinando según os ha sido enseñado. Después sublimaréis aplicando el fuego más fuerte que seáis capaces de ingeniar, hasta que lo que sea de noble naturaleza ascienda en forma de nieve blanquísima. Cuando ya no ascienda nada, podéis tirar las heces, pues carecen de todo valor.

De la composición del azufre rojo al oro

Si lo que queréis es obtener azufre de oro, disolved el azufre blanco que habíais recogido antes del agua roja por contrición, imbibición y ligera decocción. Una vez disuelto, lo coagularéis en forma de piedra por vía reductiva. Una vez coagulado lo disolveréis de nuevo en el agua roja, y lo volveréis a congelar una vez más. A continuación lo disolveréis por tercera vez en ese misma agua, y después lo someteréis todo a sublimación aplicando un fuego muy suave. De este modo la obra de artificio se dora y digiere.

Lo que asciende durante esta sublimación presenta el aspecto de polvo y es azufre blanco, y lo que permanece en el fondo es azufre rojo, de color escarlata y muy diáfano, y es el azufre a partir del cual hacen oro los alquimistas. Sabed que este azufre convierte la plata viva en verdadero oro por artificio.

Con lo dicho hasta aquí se pone de manifiesto que los Filósofos han dicho la verdad, a pesar de que los locos insistan en afirmar que es cosa imposible. Lo que han dicho los Filósofos es esto: que se trata de una piedra, una medicina, una naturaleza mercurial, que todo nace de ella, y que sólo es necesaria una disposición, una obra y un vaso para obtener azufre blanco y rojo. Por eso os digo que cuando veáis aparecer en vuestro vaso la blancura, debéis entender que la tal blancura contiene en ella la rojez. Por eso no es preciso disponer aparte la blancura para obtener la rojez, sino que basta con cocerla hasta que todo sea rojo. Es algo similar a lo que sucede cuando me levanto por la mañana y observo que mi orina es blanca e indigesta, la cual cosa es una señal de que he dormido poco. Si me vuelvo a acostar y duermo lo suficiente, entonces mi orina es amarilla, color que demuestra que la digestión ha sido completa.

Con las cosas dichas hasta aquí os he mostrado la verdadera composición del azufre blanco y rojo no ardiente, por medio de cuya composición y por el cuarto régimen es completado el elixir perfecto capaz de perfeccionar cualquier metal imperfecto en verdadero sol y luna. De este modo queda probado que sin este azufre no puede completarse o componerse el elixir perfecto, elixir que, por su naturaleza, tiene la propiedad de congelar el mercurio y fijar y desecar a causa de su propia sequedad. Cuando os he dicho que debéis cocer hasta que todo sea rojo, quería decir que debéis cocer por decocción ligera hasta que todo se haya convertido en azufre rojo fijo, cosa que sabréis cuando ya no se pueda sublimar nada, lo cual es la señal de que la decocción ha sido verdaderamente completada.

Del cuarto régimen, que consiste en fijar el azufre sobre el cuerpo fijo

El cuarto régimen consiste en fijar el azufre blanco y rojo sobre el cuerpo fijo, esto es, el azufre blanco sobre la plata y el azufre rojo sobre el oro. Según Pitágoras, si la plata viva extraída del cuerpo no se coagula en azufre blanco capaz de resistir la acción del fuego, no podrá alcanzar la perfecta rojez.

No trabajéis pues sobre vuestro cuerpo encaminándolo hacia cosas inalcanzables, pues cometeréis un doble error. Obrad sabiamente y no por azar. Sin fermento obtendréis cualquier cosa ajena a la naturaleza, pero no sol ni luna, por eso es preciso que preparéis vuestro azufre con el cuerpo a partir del cual habíais iniciado vuestra obra.

Estimado amigo, cuando os digo que el azufre blanco se debe fijar sobre plata y el rojo sobre oro, no debéis entender que me refiero al oro y a la plata que se vende en los comercios. Durante vuestra obra debéis cuidaros de guardar las tierras del oro y de la plata sutilizadas y calcinadas, y sobre estas tierras fijaréis vuestro azufre blanco al blanco y rojo al rojo.

Unid el azufre al cuerpo fijo para que engendre a su semejante, y todo el azufre que unáis será convertido en elixir, pues una vez unido al cuerpo no cesará en su operación hasta haberlo convertido todo. Por eso os digo que si queréis fermentar, mezclad el azufre con el cuerpo para que todo se convierta en fermento, ya que el fermento devuelve por completo

a nuestro azufre su naturaleza, color y sabor. Para el fermento blanco será al blanco, y para el rojo al rojo. Tened en cuenta que si unís el fermento de plata con el azufre del oro, será convertido en su naturaleza, pero no en su color, y lo mismo sucederá si unís el fermento del oro con el azufre de la plata. Así pues, no mezcléis el fermento de un azufre con el otro azufre, pues el fermento de oro es oro, y el de la plata es plata, y no hay ningún otro fermento sobre la tierra.
La cosa no puede fijar lo que no se puede fijar ni lo que nunca fue fijo. Por eso, en la fermentación, debéis observar con detenimiento el peso de cada uno, a fin de que la suma del azufre volátil no sobrepase la suma del cuerpo fijo. De todos modos, el lazo conyugal se deshará al huir el espíritu no fijo. Por eso dice Platón que si se echa un poco de este azufre sobre una gran cantidad de cuerpo, por ejemplo, una parte de azufre sobre tres partes de cuerpo, entonces el cuerpo prevalecerá en potencia y convertirá el azufre en un polvo cuyo color se corresponderá con el color del cuerpo sobre el que ha sido depositado el espíritu.
En cuanto a los azufres, sólo pueden entrar en los cuerpos por medio del agua, dado que ella es la que oficia el matrimonio entre el azufre y el fermento durante los esponsales. Como dice Avicena, primero introduciréis la tierra, pues es afín al fermento; en segundo lugar introduciréis el agua, pues es afín a la tierra; en tercer lugar introduciréis el aire, pues es afín al agua; y en cuarto lugar introduciréis el fuego, pues es afín al aire. No obstante, no incorporéis fuego en el elixir al blanco, pues este elixir se completa por tres elementos sin intervención del fuego. El rojo, por su parte, precisa de los cuatro elementos para ser completado.
Obrad y cerrad, disolved y ahogad, lavad y desecad. El agua constituye el medio de unir las tinturas del aceite y del fuego. Y os diré una palabra de Filosofía: si introducís antes el aceite que la tierra, el aceite será mortificado en la tierra, pues el agua no podrá penetrar. Si introducís el agua antes que el aceite, el aceite se mantendrá sobre el agua. Y si introducís el agua antes que la tierra, el agua pesará más que la tierra. Fijad pues el agua con la tierra para unirlas, pues si habéis dado muerte a uno de los cuatro, todos estarán muertos, y si uno tiene más alma que el otro, nada vale. Así pues, adecuad el fermento, que es alma, antes de la fermentación, hasta que muestre el aspecto de un polvo calcinado, disuelto y endurecido, pues si no adecuáis bien vuestro fermento el magisterio será vano. Observad que esto no es más que una sutilización del fermento por disolución en el agua de la piedra.

De la reducción del agua sobre el elixir al blanco

Así pues, embeberéis tres partes de luna pura sutilizada y calcinada según ha sido indicado más arriba. Así obtendréis el fermento con el doble de su mercurio, más limpio, más blanco y rectificado. Lo triturarés todo junto en un mortero de pórfido hasta que el mercurio se haya bebido el fermento y adquiera el aspecto de manteca, y ya nada del fermento sea perceptible. Después añadiréis una parte del azufre blanco sublimado y calcinado, pues este azufre es la cosa que deseca el mercurio en la tierra y el fijo por medio del agua, posibilitando y promoviendo el matrimonio entre el cuerpo, el azufre y el fermento. Después añadiréis el aceite, y a continuación procederéis a una fusión metálica y fluctuante. De este modo, el aceite posibilita la fluctuación, y la tierra deseca y fija. Ítem, cuando la materia, tras la inceración en su agua, ha sido sublimada, entonces el azufre penetra en el mercurio por medio del agua, y penetrándolo lo traspasa, lo coagula y lo deseca; de este modo las partes del mercurio no pueden ser espesadas por el fuego y no pueden evaporarse.
Regresando a nuestro propósito: cuando hayáis añadido una parte de vuestro azufre blanco sublimado y congelado, lo triturarés todo hasta que cobre el aspecto de un cuerpo único. Después lo inceraréis con una parte de su agua blanca, y procederéis a sublimar aumentando poco a poco el fuego desde la parte inferior, hasta que se sublime todo lo que

haya de volátil. Dejáis enfriar y lo sacáis. Lo que haya permanecido en las paredes del vaso con una parte de su agua, lo volveréis a disponer con sus heces, y embeberéis y desecaréis hasta que adquiera una consistencia pastosa. Después procedéis de nuevo a sublimar, repitiendo cuantas veces sean necesarias la contrición, imbibición, asación y sublimación, con un aumento escalado del fuego, hasta que el doble de su agua sea fijada con la tierra y ya nada se pueda sublimar. Reducid siempre lo que asciende sobre lo que permanece abajo fijo, hasta que todo permanezca fijo en la parte inferior.

Sabed que el azufre fijo, es decir, la tierra, al ser coagulante y coagulada, esto es, seca, coagula naturalmente a su mercurio, lo cual se consigue por repetidas reiteraciones de sublimaciones sobre su mercurio. No obstante, debéis saber que si la sustancia de la plata viva no ha sido convertida tanto por naturaleza como por ingenio del arte, el azufre no puede congelarla, tal y como lo demuestra el ejemplo de la tierra y el agua: cuando el agua se mezcla con la tierra, la tierra, a causa de su sequedad, bebe ese agua, y la espesa haciéndola semejante a ella por su grosura. En efecto, toda cosa seca desea naturalmente la humedad. Pero para que esto suceda, es preciso que sea de su naturaleza, pues en caso contrario no podría incorporarse con ella y hacerse continua con las partes del seco.

Por eso es necesario que el experimentador de esta ciencia conozca plenamente las fuerzas de naturaleza que promueven tan firme conjunción, a saber, el *Apetitivo* por el cual la sustancia de la piedra atrae hacia ella todo el mercurio que necesita, lo cual acontece gracias a la virtud elementaria, que tiende a llenar todo aquello que está vacío. Por eso esta virtud es llamada *apetitiva* o *atractiva*. Y también debe conocer el *Retentivo*, que, por potencia elementaria retiene lo que se necesita para satisfacer el deseo de llenar lo que está vacío. Y también el *Digestivo*, que transmuta la cosa retenida de una disposición en otra, que es el caso de la coagulación de la plata viva en sustancia de azufre, y después de este azufre en otra plata viva. Esta virtud se debe al fuego vaporizado y no fijo de la sustancia de la plata viva. Éste es precisamente el fuego de naturaleza sutil revelado a los hijos de la verdad, con el cual pueden hacer en un día lo que el calor del sol hace en mil años. Así como el cuajo del lechal, por su propiedad, coagula la leche en queso, así este fuego, por razón de su naturaleza sutil, coagula el mercurio. Ahora bien, esto sólo es posible por medio de nuestro magisterio.

La virtud *Expulsiva* es aquella por la cual la naturaleza rechaza lo que es contrario a su naturaleza, pues naturaleza se basta a sí misma para proveerse de todas las cosas que necesita en aras de su perfección. En efecto, la naturaleza es suficientemente sabia y cuidadosa para procurar la encarnación de su cuerpo, esto es, para procurar la continuación del seco con el húmedo, y su solicitud es infinita. Así pues, os bastará con disponer ligeramente el exterior, pues en su interior la naturaleza operará por sí misma en busca de su perfección. Sus movimientos le son inherentes por una vía y según un orden, y según el mejor modo imaginable. Estos movimientos son continuos y uniformes, y por ellos el seco es inserido en el húmedo, y el húmedo se hace continuo con el seco. Por eso el magisterio de los Filósofos requiere una preparación, además de una gran paciencia para llevar a cabo su larga operación sin hastiarse. Sabed que naturaleza no pasará por alto ni omitirá ninguno de sus movimientos si ningún contrario se le opone, y que en cualquier caso requiere un cierto tiempo para concebir e infantar, para nutrir y para operar. Por eso, cuando la tierra concibe, la naturaleza está esperando el infantamiento: cuando haya parido, nutrid al niño hasta que sea capaz de soportar cualquier fuego. Sólo entonces podréis hacer la proyección con él.

De la reducción del aire sobre el elixir blanco

Cuando el agua esté con la tierra y fijada en la tierra, triturad, y rociad con una parte de su aire. Proceded después a la sublimación, aplicando por la parte inferior un fuego lento, que

iréis aumentando hasta que, por continua reiteración de sublimación y continuidad de movimiento, todo permanezca fijo en el fondo. A saber, añadiréis un peso y medio de su aire, y aplicaréis un fuego fuerte durante un día y una noche. Durante el siguiente día y la siguiente noche aplicaréis un fuego más fuerte, y el tercer día con su noche aplicaréis un fuego tan fuerte como el de fundición.
Por este procedimiento el aire se fija con el agua en la tierra, pues la naturaleza aérea se regocija con la naturaleza acuática, mientras que, por el contrario, la naturaleza de la tierra sirve de contención a la naturaleza aérea, y la naturaleza aérea enseña a la naturaleza acuática a combatir contra el fuego, de manera que cuando el agua se encuentra con el aire, huyen juntos, es decir, el agua, que entonces es agua de vida, desaparece, pues el pájaro con plumas, esto es, el agua o espíritu, es retenido por el que carece de plumas, a saber, la naturaleza aérea contenida por la tierra.

De la inceración del elixir blanco al blanco

Tomad una onza de la mina cristalina que encontraréis en el fondo, la colocáis en un delicado crisol y, a fuego lento, procedéis a la última inceración, goteando por encima, gota tras gota, con su aire blanco, hasta que funda como la cera, sin desprendimiento de humos. Después probaréis el cuerpo así obtenido sobre una lámina al rojo. Si se funde rápidamente como la cera, entonces la inceración ha sido completa. Si no se funde, reducidla mediante una nueva inceración, goteando sobre ella con su aceite blanco, hasta que se funda como la cera, sin desprendimiento de humos. En esto consiste precisamente la recomendación de todos los Filósofos cuando dicen: si por sublimación habéis fijado la parte más limpia de la tierra, volved a empezar la sublimación del remanente de las partes no fijas, a saber, del agua y del aceite, hasta que también este remanente se fije. Ensayad después sobre el fuego para comprobar si presenta una buena fusión, que es la demostración de que la sublimación ha sido suficiente. En caso contrario, aplicad de nuevo sobre ella la sublimación de la parte no fija, hasta que se funda como la cera, sin desprendimiento de humo. Retiradla entonces del fuego y dejadla enfriar, pues se trata del elixir cumplido, de precio inestimable, que convierte todo Cuerpo imperfecto en luna infinita. Lanzad un peso de este elixir sobre cien partes de mercurio lavado, y obtendréis una luna pura, mejor que la de las minas, y de este modo habréis hecho la proyección. Un peso de este elixir sobre cien de cuerpo imperfecto, transformará a este último en verdadera luna. Los modos de componer este verísimo elixir os los he mostrado por completo sermón, de manera que si lo seguís con atención, sin duda obtendréis el elixir. Atended y actuad con gran empeño siguiendo los regímenes mostrados, y de este modo podréis comprobar por vos mismo que este elixir no se debe a milagro alguno, como algunos piensan, sino que se alcanza por arte y por operación. Así pues, operad y obtendréis lo que buscáis. Éste es el mejor consejo que puedo daros.

Del modo de componer el elixir al rojo

El elixir al rojo, es decir, al sol, se hace de modo similar, reemplazando el blanco por el rojo en cada caso y utilizando fermento de sol en lugar de fermento de luna. El agua del mercurio debe ser rubificada con el fuego de la piedra, pues en la obra roja sólo interviene lo rojo, del mismo modo que en la obra blanca tan sólo interviene lo blanco.
La preparación de la medicina del sol no ardiente se hace añadiendo el azufre rojo por modo de fijación y calcinación con tres partes de su fermento, preparado con industria y perfectamente administrado por vía de abundantes soluciones y sublimaciones y por diversas reiteraciones, hasta que el no fijo sea fijado con el fijo en el fondo. El modo de esta fijación y solución se opera mediante reiteradas sublimaciones del remanente de la

piedra no fija con la fija, promoviendo una ingeniosa unión a partir de pequeñas partes, hasta que el fijo se eleve con la parte no fija, para ser de nuevo fijado definitivamente.
El agua vuelve al cuerpo volátil, y después fijo. Y cuando tres partes de su agua roja hayan sido de este modo fijadas, entonces se procederá a la imbibición rociada con su aceite rojo, y a sublimaciones repetidas, hasta que todo permanezca fijo en el fondo. A saber, tres partes, pues habíamos operado con tres partes de agua.
Después someteréis el cuerpo así obtenido a fuego fuerte durante un día con su noche, como se hizo con la obra al blanco, a fin de depurarlo y fijarlo.
A continuación procederéis a la inceración, colocándolo en un crisol sobre el fuego y goteando sobre su superficie con su aceite rojo, hasta que se funda como la cera, sin desprendimiento de humo, y el aceite y el elixir aparezcan como un solo cuerpo. Éste es vuestro elixir, penetrante, profundamente tingente y permanente. Añadid un peso de este elixir sobre mil partes de luna o de mercurio lavado, y obtendréis un sol verdadero susceptible de ser sometido a cualquier prueba, y mucho mejor que el de las minas. En efecto, el oro y la plata hechos por medio de este elixir, superan todas las propiedades del oro y la plata de las minas, y por eso dicen los Filósofos que su oro y su plata no son el oro y la plata vulgares, pues contienen mucha más tintura, resisten mucho más el efecto del fuego y, gracias a las propiedades que les han sido conferidas por las diversas operaciones, son útiles para el tratamiento de todas las enfermedades.

De la multiplicación de las medicinas y cómo se hace la multiplicación

En cuanto a estas medicinas, una vez han sido fijadas y determinadas con sus respectivos aceites hasta ser fusibles como la cera, si las disolvéis luego en mercurio blanco o rojo hasta que muestren el aspecto de un agua clara, y si después las congeláis por medio de una ligera decocción y las inceráis con sus aceites sobre el fuego hasta que se fundan ligeramente, multiplicaréis su virtud en la proyección.
Si además de disolverlas, las destiláis al menos una vez, sus virtudes serán aumentadas y multiplicadas cien veces.
El modo de multiplicar estas medicinas consiste en disolver por inhumación y por separado cada una de las especies en su agua. La inhumación sólo tendrá lugar si la disolución es llevada a cabo en su agua, de otro modo no. Separad después los elementos por destilación, de modo que recibáis en primer lugar el agua, mientras el aceite y la tierra permanecen en el fondo. Sublimad de nuevo el agua sobre la tierra hasta que ésta la beba por completo y sea fijada con ella. Embebed después con su aceite y su tintura hasta que todo sea fijado y el cuerpo resultante sea fusible como la cera.
Añadid un peso de esta medicina sobre cualquier cuerpo y la tintura se multiplicará cien veces, de modo que si con una parte de la medicina podíais convertir cien partes de un cuerpo, ahora convertirá mil, y después diez mil, y después mil millares, y después infinitos millares en verdadero sol y verdadera luna.
Así pues, debéis notar que cuantas más veces sea disuelta, sublimada y coagulada la medicina, mucho mejor y con más abundancia operará, pues en cada disolución adquiere diez pesos en su proyección. No ahorréis pues esfuerzos en la reiteración de las disoluciones, sublimaciones y coagulaciones, pues por su medio la medicina resulta mejor digerida, unificada y fijada y, en consecuencia, opera con mayor perfección. Así pues, la reducción de dicha solución y sublimación no es más que la sutilización en primer grado, de modo que la sublimación y la solución deben ser entendidas en tanto que reducción.

Cómo debéis entender la sublimación y la disolución

Pero no creáis que cuando hablo aquí de solución, pretendo que, como sucedía al principio, todo el elixir sea llevado al estado de agua. Aquí se trata de que lo sutilicéis tanto como os sea posible, y de que dividáis sus partes en fijación conjunta, a saber, por reducción de lo húmedo en seco, y de lo seco en húmedo, y de lo grande en simple, de modo que a partir de la mezcla de lo sutil de los elementos y de la mezcla de las partes sutiles del cuerpo y del espíritu sea engendrada la virtud fijativa.
La conjunción de estas virtudes se logra por disolución, y por sublimación se fijan, de modo que la obra de solución tan sólo fue hecha para sutilizar, y esto se logra por reducción, por eso la conjunción de los cuerpos con los espíritus se hace por disolución, a saber, del seco en el húmedo, y no mediante sublimaciones. Y por eso esta conjunción debe ser entendida como reducción, ya que los cuerpos tan sólo precisan de la sutilización hecha por reducción para lograr una mejor unión con los espíritus, esto es, con sus propias aguas.
Y su sutilización se opera en agua de disolución, pero esta disolución se opera por la congelación del espíritu, y de este modo la disolución lleva la piedra de potencia a acto, convirtiéndola en un ser absolutamente sutil.
Cuando los cuerpos se sutilizan, los espíritus se unen universal y completamente con ellos, y ya no pueden ser separados jamás por ingenio alguno, como puede observarse en la reducción y sublimación. Y no sólo se sublima el espíritu, sino también el cuerpo, que se hallaba unido y conjuntado con el espíritu. Y el espíritu, ligado al cuerpo por sutil ingenio, también se sublima uniforme y homogéneamente, y el cuerpo adquiere la naturaleza sutil del espíritu.
Sabed que la confirmación de los espíritus con los cuerpos tiene lugar cuando los cuerpos se sutilizan, dado que entonces son capaces de retener los espíritus. Por eso, todo aquel que sea capaz de preparar los cuerpos con la primera sutileza, habrá alcanzado el fin que buscaba, pues en la conjunción de los espíritus con los cuerpos está toda la intención del artista, y esta conjunción tiene lugar cuando los cuerpos son sutilizados en forma de espíritus. Y los cuerpos se hacen sutiles como los espíritus por disolución, contrición y asación de los cuerpos con los espíritus.
Prestad atención a mis palabras, pues en ellas no hay nada que sea superficial, y todas ellas os serán de gran provecho. Si no entendéis mis palabras, volved a empezar la lección o lecciones hasta que lo entendáis todo, repasad cada capítulo, y que cada capítulo sea para vos una lección. Intercalad los distintos capítulos, pues la intención de uno depende y explica la intención del otro, de manera que un capítulo os permitirá comprender el contenido del otro por asiduo estudio. La planta que ha sido debidamente labrada no será privada de su fruto. Así pues, ved y entended, y a partir de ello operad. Todo lo que hemos dicho se rige por la verdad, y no temáis, que no hemos omitido absolutamente nada, por lo que sólo vuestra ignorancia puede hacer que vuestra labor se vea privada de su fruto.
Si no habéis entendido las cosas que hasta aquí han sido debidamente escritas, no me lo reprochéis a mí, pues la única enemiga de la ciencia es vuestra ignorancia, y si carecéis de sentido no puedo sino lamentar que seáis tan desafortunado. Sabed que son muchos los que no han recibido de Dios la gracia, y la memoria de todos y cada uno de ellos permanece cerrada sin dar cabida a la comprensión de nuestras afirmaciones y totalmente ajena a toda teórica. En efecto, sabed que la teórica tan sólo es susceptible de ser adquirida por verdadero entendimiento, y que sin esta teórica no es posible ninguna práctica. Por eso os digo que es totalmente inútil y vano entregarse a la práctica si el pensamiento ha renunciado a la teórica. El primer extremo de esta teórica consiste, en primer lugar, en estudiar con asiduidad las sentencias de los Filósofos y entenderlas debidamente y, en segundo lugar, en la práctica, a partir de la cual podrá ser realizada cualquier experiencia que uno se proponga, llevando las cosas desde la potencia hasta el efecto. Así pues, el medio de penetrar en esta ciencia pasa invariablemente por la verdadera teórica, sin la cual

no es posible pasar de la ignorancia a la ciencia, esto es, a práctica. En otras palabras, la Teórica es una disposición mediadora que permite el paso de un contrario a otro, y sólo de este modo es legítimo afirmar que ha sido adquirida la recta ciencia.

El modo de hacer la proyección del elixir, que es multiplicación en cantidad

Fundir miles de millares de partes al mismo tiempo es tarea muy costosa. Por eso, cuando queráis realizar la proyección, actuad del siguiente modo. Tomad cien partes de mercurio lavado y disponedlo en un crisol sobre el fuego. Cuando empiece a hervir añadid una parte de vuestro elixir como hicisteis antes con las cien partes de mercurio lavado, y me refiero al mercurio del cuerpo extraído, lavado, rectificado y reservado, y de este modo, trabajando sobre otro mercurio lavado, todo se convertirá en medicina. Añadid una parte de esta medicina congelada sobre cien partes de mercurio lavado, es a saber, del cuerpo que ha sido extraído del crisol hirviendo sobre el fuego, y de nuevo todo se convertirá en medicina. Añadid entonces una parte de esta medicina recién congelada sobre cien partes de mercurio lavado, y todo se transformará en oro o plata buenísimos y resistentes a toda prueba en función de si el elixir utilizado ha sido el rojo o el blanco. De este modo habréis logrado multiplicar vuestra medicina primera total o parcialmente, pues a partir de una onza habréis obtenido doscientas onzas de virtud distinta a la que poseía la primera medicina, siempre y cuando no la multipliquéis por disolución y congelación, pues sólo si operáis según os he mostrado la podréis multiplicar en virtud infinita y después en cantidad. En esto consiste la práctica del Rosario de los Filósofos, carente de toda superfluidad y extraída de sus libros, y de la cual nada debe ser pasado por alto si lo que se pretende es convertir los cuerpos imperfectos en infinito sol y luna, según haya sido preparado y sutilizado el elixir. De este modo poseerá una virtud eficaz que supera a todas las demás medicinas de medicinas y que cura todas las enfermedades, tanto las calientes como las frías. A causa de lo que encierra en sí y por su sutil naturaleza, conserva la salud y refuerza la virtud, devuelve la juventud y la impone sobre la vejez, y rechaza todas las enfermedades del cuerpo, expulsa el veneno del corazón, reblandece las arterias, disuelve las cosas contenidas en el pulmón y sana y consuela al afligido. Mundifica la sangre y purga lo que es contrario a las espiritualidades, y si están limpias, las conserva, y si la enfermedad es de un mes, la cura en un día, y la de un año la sana en doce días, y si fuere muy antigua, la cura en un mes. Por eso no os debe sorprender que esta medicina sea estimada por encima de todas las demás medicinas, pues aquél que la posee, posee en realidad un tesoro incomparable.

Querido amigo, más arriba os ha sido indicado por práctica que la proyección se opera partiendo de un peso sobre cien de mercurio de cuerpo rectificado, y que todo se convierte en medicina, y que a su vez un peso de estos cien sobre otras cien partes de similar mercurio, es hecho también medicina, y que un peso de esta medicina así multiplicada multiplicará cien partes de mercurio lavado. Por todo ello es necesario que sepáis qué cosa es este mercurio lavado sobre el que se opera la proyección para convertirlo en oro o en plata.

Sabed que una vez hayáis multiplicado vuestra medicina en virtud y en cualidad y queráis hacer con ella la proyección sobre mercurio, es preciso que éste último lo preparéis y lavéis de este modo, a saber, según la manera que os fue indicada al principio de la práctica, cuando os mostré el proceder del segundo lavamiento, de modo que sea purificado y lavado de toda su tierra escoriosa y negra, pues de este modo es transmutado de frío en caliente y, por tanto, se halla más próximo a la naturaleza del metal que el mercurio crudo. Sabed que podéis obtener este mercurio en gran abundancia de una sola vez operando en el interior de un horno y con una disposición al baño similar a la que os indiqué cuando os describía el primer lavamiento al principio de la práctica.

De la recapitulación de todo el magisterio

Hasta aquí hemos tratado de todos los regímenes y de todas las causas suficientes. Así pues, no nos queda más que recapitular todo el magisterio a fin de retenerlo en nuestra memoria. Yo afirmo que toda la intención de la soberana obra entendida en su globalidad tan sólo consiste en tomar la piedra, la cual reconoceremos a raíz de los capítulos de este libro. A continuación conviene operar la obra de sublimación de primer grado sobre dicha piedra para mundificarla y limpiarla de toda suciedad. Después, la tierra blanca o roja debe ser sutilizada con lo que ha sido disuelto hasta que la materia alcance su última sutileza y hasta que, finalmente, se haga volátil. A continuación será fijada según las maneras de fijar hasta que se mantenga impasible ante la agresión del fuego. Después, la piedra fija que había sido guardada con la parte no fija será hecha volátil por modo de sublimación y solución. Y después será fijada de nuevo. Y nuevamente el fijo será hecho volátil, y el volátil será a su vez fijado hasta que se funda como la cera. Entonces podrá ser alterado en infinito sol y luna. De este modo se verá cumplido el preciosísimo secreto que constituye el mayor secreto de este mundo y el tesoro de todos los Filósofos.

El presente libro pertenece y es de Nicolás Flamel, de la parroquia de Saint-Jacques-de-la-Boucherie, el cual lo ha escrito y encuadernado personalmente.